



**UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE
MÉXICO**

**FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
COLEGIO DE FILOSOFÍA**

**LOS LÍMITES DEL LENGUAJE NO SON LOS LÍMITES DEL
MUNDO. SOBRE LA RELACIÓN ENTRE REALIDAD,
PENSAMIENTO Y LENGUAJE**

T E S I S

**QUE PARA OPTAR POR EL TÍTULO DE:
LICENCIADA EN FILOSOFÍA**

**P R E S E N T A:
LAURA STEPHANIE SOTO ALVARADO**

**ASESOR:
DR. JORGE ARMANDO REYES ESCOBAR**



CDMX

AGOSTO 2017



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

A mamá,
por ser la inspiración más grande y el mejor ejemplo que pude haber tenido.

A mis apreciables profesores,
cuyo apoyo no sólo en cuestiones académicas fue fundamental
para concluir con éxito esta empresa.

*Los límites del lenguaje no son los límites del mundo. Sobre la relación entre
Realidad, Pensamiento y Lenguaje*

Índice	1
Introducción.....	3
Capítulo 1	5
1.1 <i>La concepción de la visión especular del lenguaje</i>	7
1.1.2 <i>Versus la concepción especular.....</i>	11
1.2 <i>De los nombres propios que resguardan descripciones.....</i>	21
1.2.1 <i>Versus la teoría de las descripciones.....</i>	26
1.3 <i>Concepto cúmulo.....</i>	31
Capítulo 2. Palabras y conceptos	34
2.1 <i>Qué son las palabras.....</i>	35
2.2 <i>El signo.....</i>	35
2.3 <i>El concepto.....</i>	39
2.4 <i>Entidades en la realidad. La totalidad concreta.....</i>	42
2.5 <i>Abstracción, esencia.....</i>	45
2.6 <i>Los Universales.....</i>	47
2.6.1 <i>Realismo extremo.....</i>	47
2.6.2 <i>Nominalismo</i>	48
2.6.2.1 <i>El problema con el nominalismo</i>	50

2.6.3 <i>El realismo moderado</i>	52
Capítulo 3	55
3.1 <i>Lenguaje lógicamente perfecto</i>	55
3.2 <i>Concepción matemática</i>	58
3.3 <i>Atomismo lógico</i>	65
3.4 <i>Versus el atomismo lógico</i>	67
3.4.1 <i>El nombrar no tiene ninguna razón de necesidad con la cosa</i>	67
3.4.2 <i>El nombrar no tiene una relación de necesidad bidireccional con el conocer</i>	69
3.4.3 <i>Al ampliar el conocimiento de la realidad objetiva es necesario que se modifique el concepto</i>	71
3.4.4 <i>La exactitud de las matemáticas no es aplicable en el lenguaje</i>	75
3.5 <i>Comunidad</i>	78
3.5.1 <i>Convención</i>	80
3.5.2 <i>Arbitrariedad</i>	81
3.5.3 <i>Contingencia</i>	84
3.6 <i>Los problemas filosóficos no son meras confusiones lingüísticas</i>	87
Conclusión	91
Bibliografía	92

Introducción

La cuestión que me llevó en principio a indagar lo que expongo en las páginas siguientes fue el saber de dónde surgieron las palabras. Al lanzar la pregunta al aire me percaté que no había respuesta unívoca inmediata, por lo que decidí adentrarme en lo que se ha dicho históricamente al respecto. Tal es el motivo por el que la estructura de la tesis pretende hacer una brevísima revisión histórica, comenzando por la antigüedad clásica, pasando por el medievo y terminando en la época contemporánea.

En el primer capítulo usé el diálogo *Cratilo*, donde se trata por primera vez en la historia de la filosofía el asunto de los nombres, haciendo que fungiera como campo para plantear la problemática. Se presentan y desenvuelven aquí los asuntos acerca de si los nombres tienen algún innatismo en sí y por qué importaba que estuvieran correctamente puestos, ideas que dieron paso a la visión especular del lenguaje.

Se llegó a la conclusión de que las palabras no *imitan* a su modelo, sino que lo *refieren*, pues no se trata con ellas simplemente de reproducir un sonido, sino de remitirnos a ciertas ideas. Al tiempo se abonó a la idea principal de la tesis: hay más mundo que lenguaje, y se estableció que el lenguaje es el relicario de ideas acerca de lo real, pero que sin eso real previo, no sería cosa alguna.

Derivado de la conclusión de que los nombres no son lo mismo que las cosas, surgió la idea de que éstos eran quizá conceptos, pero antes de que tuvieran la caracterización específica de <conceptos>, pasaron por el tamiz de ser descripciones definidas. Argumenté, tomando como punto de partida las ideas de Russell, por qué no son los nombres descripciones abreviadas y doy paso así a la distinción entre palabras comunes y nombres propios. Mientras que en las primeras hay cierto concepto ‘escondido’, para los segundos no hay modo de que lo haya.

En el segundo capítulo, aún con la persistente inquietud de saber de dónde surgen las palabras, acudí a los conceptos estipulados al respecto. Una vez establecidas las definiciones necesarias, concluí que las *palabras* sirven para conjuntar *cosas* y *conceptos* en el discurso. Los conceptos están hechos de palabras, que a su vez nos remiten a otros

conceptos. Para desentrañar cómo es que operan los conceptos, recurrí a la idea de las *esencias*, que son abstraíbles de las cosas mismas, para lo que retomé la cuestión de los universales.

Esto me permitió establecer que los conceptos, como reflejo generalizado y abstracto de la realidad, no dependen entera y únicamente del sujeto, regresándoles con ello el estatuto ontológico que en algún momento –como en el nominalismo– pudiera negárseles. Así, todo pensamiento que surge en la mente del hombre no es más que un reflejo del mundo material.

Resultó de suma importancia revisar el tema de los universales para explicar cómo es que podemos separar por medio de una operación intelectual las esencias de las que se forman los conceptos. Podemos llegar a ellas mediante la abstracción gracias a que existen de facto en las cosas mismas. Los conceptos no serán entonces, a diferencia de las palabras, invenciones humanas.

En el tercer capítulo expongo cómo fue que se dejó en manos del lenguaje la gran encomienda del conocimiento. Rebato la idea acerca de que la vía para la comprensión de la realidad sea estrictamente hacer un análisis de la estructura del lenguaje y argumento que las cuestiones matemáticas son esencialmente diferentes de las lingüísticas.

Hacia el final de esta investigación pude exponer que el *quid* del lenguaje es comunicar, y que la relación que encuentro entre realidad, pensamiento y lenguaje es la que hay entre el mundo, nuestras abstracciones del mismo y cómo adecuamos tales abstracciones en conceptos y palabras.

De aseverar la *arbitrariedad* de las palabras derivadas de su carácter convencional, pasé a argumentar su *contingencia*, pues éstas adquieren una realidad independiente de los agentes que las impusieron y tienen sentido únicamente porque son el legado de una comunidad.

Sin más, emprendamos el recorrido a través de los argumentos que me permitieron llegar a las conclusiones arriba expuestas.

Capítulo 1

Como parece haber dicho con verdad Whitehead, que "toda la filosofía occidental es una serie de notas a pie de página de la filosofía platónica", es un buen acercamiento analizar los argumentos principales del diálogo *Cratilo*¹ para aproximarnos a los problemas que respecto al lenguaje se aducen.

El punto capital a examinar en este texto consiste en analizar en qué medida las palabras son el reflejo de las cosas y hasta qué punto los nombres son o no convencionales. Dialogan dos posturas encontradas: la primera, defendida por Cratilo, consiste en la doctrina de que los nombres están naturalmente relacionados con las cosas, y la segunda, auspiciada por Hermógenes, la de que los nombres son convenciones.

Como explica Gadamer:

En el *Cratilo* de Platón se discuten dos teorías que intentan determinar por caminos diversos la relación de palabras y cosas: la teoría convencionalista ve la única fuente de los significados de las palabras en la univocidad del uso lingüístico que se alcanza por convención y ejercicio. La teoría contraria defiende una coincidencia natural de palabra y cosa, la que designa el concepto de corrección.²

Expondré en primera instancia la postura innatista, según la cual los nombres son los que son por estar adecuados a la naturaleza de las cosas.

Herm. - Sócrates, aquí Cratilo³ afirma que cada uno de los seres tiene el nombre exacto por naturaleza. No que sea éste el nombre que imponen algunos llegando a un acuerdo para nombrar y asignándole una fracción de su propia lengua, sino que todos los hombres, tanto griegos como bárbaros, tienen la misma exactitud en sus nombres.
[383a]

¹ Platón, *Diálogos "Cratilo"*, Gredos, Madrid, 1992. Las próximas citas del diálogo se refieren a este volumen.

² Gadamer, Hans-Georg, *Verdad y Método I*, Ed. Sígueme, Salamanca, 2001, p. 488.

³ En la edición citada, el nombre "Cratilo" siempre lleva acento en la antepenúltima sílaba, pero como se deriva del griego Κρατυλος, omitiré el acento esdrújulo para propiciar que se pronuncie con un acento prosódico en la penúltima sílaba.

Sóc. -¿Tampoco puedes decirme, al menos, quién nos proporciona los nombres de los que nos servimos? Herm.- Ciertamente, no. [388d]

La facticidad operacional que hay en las palabras lleva a quienes conversan en este diálogo a aseverar que los nombres conllevan cierta exactitud intrínsecamente. ¿Cómo es que dicha exactitud yace en los nombres? Hay dos opciones a considerar. O bien los nombres fueron puestos por los dioses o bien fueron puestos por los hombres que existieron antes de los – para nosotros antiguos– griegos.

Así se plantea la cuestión: ¿Quién puso los nombres?

Sóc. - Veamos. ¿Qué cosa piensas tú que es responsable de que cada ser reciba nombre? ¿No es aquello que impone los nombres? Herm. - Por completo. Sóc. - ¿Y no sería esto el pensamiento ya sea de los dioses, ya de los hombres, o de ambos? Herm. - Sí. Sóc. - ¿Entonces lo que da nombre a las cosas y lo que se lo sigue dando es lo mismo, esto es, el pensamiento? Herm. - Así parece. [416c]

Desde aquí queda claro que alguien *otorgó* los nombres; ya sea de una inteligencia divina o humana, éstos se derivan del pensamiento.

Sóc.- [...] Aquí es donde conviene, más que nada, interesarse por la imposición de los nombres. Puede que algunos de ellos hayan sido puestos por una potencia más divina que humana. Herm.- Creo que dices bien, Sócrates. Sóc.- ¿No es, entonces, justo comenzar por los dioses [...]? [397b]

De haber sido los nombres puestos por una potencia divina, tendríamos al menos una certeza: el nombrar sería una empresa concluida, habiendo ya nombres que designen a todas las cosas y a los fenómenos habidos y por haber. Por lo que no podrían otorgársele nuevos nombres a fenómenos recién descubiertos, a inventos o a realidades creadas (como la virtual).

Esto es a todas luces falso, pues se han seguido otorgando nombres a especies y características de la realidad, físicas o no, de las que no se tenía conocimiento anteriormente, gracias a la profundización de las ciencias en sus respectivos objetos de estudio.

Teniendo en cuenta lo escrito en el párrafo anterior, es preciso aceptar que la imposición de los nombres no depende (ni dependió) de –los– dioses. Al respecto, Sócrates y Hermógenes se preguntan si entonces fueron puestos por los bárbaros.

Sóc.- [...] así también nosotros nos demos por vencidos alegando que los nombres primarios los establecieron los dioses y, por eso, son exactos. ¿Será éste nuestro argumento más poderoso? ¿O aquel otro de que los hemos heredado de los bárbaros y éstos son más antiguos que nosotros? ¿O que es imposible analizarlos, debido a su antigüedad, lo mismo que los bárbaros? Todas éstas serían evasivas –y muy astutas, por cierto–, si no queremos dar razón de la exactitud de los nombres primarios. [425d]

Ahora queda la cuestión de cómo es que estos hombres bárbaros pudieron otorgar nombres válidos a las cosas. ¿Es que cualquier hombre puede poner apropiadamente un nombre?, ¿es la correcta adecuación de los nombres una encomienda para legisladores o poetas?

Sóc.- [...] ya claro, contra nuestra primera idea, por lo menos esto: que el nombre tiene por naturaleza una cierta exactitud y que no es obra de cualquier hombre el saber imponerlo bien a cualquier cosa. ¿No es así? Herm. - Desde luego.

Sóc. -Pues si tampoco esto te satisface, habrá que aprenderlo de Homero y los demás poetas. [391 d]

Sobre la cuestión de si *cualquier* individuo puede dar nombres que tengan validez regresaremos más adelante⁴. Ahora, revisemos por qué el que los nombres estuvieran correctamente puestos era de suma importancia: el que se conociera una cosa estaba estrechamente ligado con el cómo se le nombraba. Esto dio paso a la visión especular del lenguaje.

1.2 La concepción de la visión especular del lenguaje

Crát.- [...] Y esto es muy simple: el que conoce los nombres, conoce también las cosas. Sóc.- Quizá, Cratilo, sea esto lo que quieres decir: que, cuando alguien conoce

⁴ Véase cap. 3.4.3 *Contingencia*

qué es el nombre (y éste es exactamente como la cosa), conocerá también la cosa, es puesto que es semejante al nombre. Y que, por ende, el arte de las cosas semejantes entre sí es una y la misma. Conforme a esto, quieres decir, según imagino, que el que conoce los nombres conocerá también las cosas. Crat. -Muy cierto es lo que dices. [435d]

Siendo la cosa semejante al nombre, un buen indicio de que se conoce la cosa sería conociendo correctamente el nombre. “En definitiva, da igual captar la realidad en sí que captarla a través de su espejo, del lugar donde se refleja nítidamente: el lenguaje.”⁵

Sóc. - Si quisiéramos, pienso yo, manifestar lo alto y lo ligero, levantaríamos la mano hacia el cielo imitando la naturaleza misma de la cosa; y si lo de abajo o lo pesado, hacia la tierra. Si quisiéramos indicar un caballo a la carrera, o cualquier otro animal, sabes bien que adecuaríamos nuestros cuerpos y formas a las de aquéllos. Herm. - Es inevitable que sea como dices, creo yo. Sóc. -Creo que habría una manifestación de algo cuando el cuerpo, según parece, imitara aquello que pretendiera manifestar. Herm. - Sí. Sóc. - ¿Y cuando queremos manifestar algo con la voz, la lengua o la boca?, ¿acaso lo que resulta de ello no es una manifestación de cada cosa cuando se hace una imitación de lo que sea por estos medios? Herm. - Pienso que es forzoso. Sóc. - Entonces, según parece, el nombre es una imitación con la voz de aquello que se imita; y el imitador nombra con su voz lo que imita. Herm. - Pienso que sí. [423a]

¿De qué manera puede el imitador lograr imitar al nombrar? El imitador es el que da un nombre específico a cada ente y éstos (nombre y ente) tienen una suerte de reflejo. ¿Cómo se obtiene dicho reflejo? Es trabajo de quien imita a las cosas hacer que su esencia se refleje en los nombres que él impone.

Sóc.- [...] ¿Pero cuál sería la clasificación de la que parte el imitador para imitar? Dado que la imitación de la esencia se hace precisamente por medio de sílabas y letras, ¿no será lo más acertado distinguir, primero, los elementos –lo mismo que quienes se dedican a los ritmos distinguen, primero, el valor de los elementos, luego el de las sílabas, y ya de esta forma, pero no antes, llegan en su análisis hasta los ritmos–? Herm. - Sí. Sóc. - De la misma forma, ¿no tendremos también nosotros que distinguir,

⁵ Muñiz Rodríguez, Vicente, *Introducción a la filosofía del lenguaje. Problemas ontológicos*, Ed. Anthropos, España, 1989, p. 130.

primero, las vocales y, después, entre las demás según los géneros, las consonantes y mudas (así las llaman los entendidos), y también las que no son vocales pero tampoco mudas? ¿Y, dentro de las mismas vocales, cuantos géneros haya distintos entre sí? Y cuando hayamos distinguido bien todos los seres a los que hay que imponer nombres, ver si existe algo a lo que todos se retrotraen, lo mismo que elementos primarios, a partir de los cuales sea posible contemplarlos y ver si hay en ellos géneros de la misma manera que en los elementos. Una vez que hayamos analizado bien todo esto, hay que saber aplicar cada uno según su similitud, ya sea que haya que aplicar uno a uno o bien combinando muchos. [424b]

Para que el lenguaje refleje efectivamente el estado de las cosas y así nos sea permitido conocer, debe haber un garante de que los nombres designan a esas cosas verdaderamente, y ¿cuál sería éste sino del que los nombres estén pertrechados, asignados a las cosas de acuerdo a su naturaleza intrínseca? Hay que encontrar ahora un cómo hacer que las cosas se vean reflejadas mediante el lenguaje.

[...] allí donde hay conocimiento, la verdad del habla tiene que componerse de la verdad de las palabras como sus elementos; y así como se presupone la <corrección> de estas palabras, es decir, su adecuación natural a las cosas nombradas por ellas, estará permitido también interpretar los elementos de estas palabras, las letras, desde su función de ser copia de las cosas.⁶

¿Es posible, ahora, se pregunta, por un lado, el idealismo, a partir de la mera intuición de una palabra, encontrar el concepto que corresponde a la misma? ¿Es posible a partir de la materia de la palabra «razón» (Vernunft), de sus ocho letras y dos sílabas, es posible, partiendo de la forma que determina el orden de estas letras y sílabas, obtener cualquier cosa perteneciente al concepto que corresponde a la palabra «razón»?⁷

Sócrates propone que hay que desmenuzar las palabras hasta las sílabas y luego hasta las letras. Éstas en el lenguaje, al igual que los tonos en la música, nos darán el valor de cada elemento que constituya a las palabras. Se disponen a buscar qué elementos primarios en el

⁶ Gadamer, *Op. Cit.*, p. 494.

⁷ Hamann, Johann Georg, "La metacrítica sobre el purismo de la razón pura" en *¿Qué es ilustración?*, Ed. Tecnos, Madrid, 1999, p. 43.

lenguaje reflejan la naturaleza de las cosas. Antes de las palabras, buscan basarse en algo anterior y se encuentran con las letras, mismas que analizan del siguiente modo:

Sóc. -Para empezar, me parece que la *r* es como el instrumento de todo <movimiento> (*kinêseos*), del que tampoco hemos explicado el nombre –pero está claro que significa <impulso> (*hêsis*), pues antiguamente no empleábamos é sino e. En cuanto a su inicio, procede de *kíein*, nombre de otro dialecto, que significa <marchar>. Pues bien, si se busca su antiguo nombre en consonancia con nuestra lengua, se llamaría correctamente *hêsis*. En la actualidad se denomina *kínêsis* como consecuencia del dialectal *kíein*, de la inserción de n y el cambio por é, pero habría que llamarlo *kieínesis*. *Stásis* (reposo), por su parte, es la negación del movimiento, aunque, por ornamentación, ha tomado la forma *stásis*–. Así pues, el elemento *r*, según digo, le ha parecido al que pone los nombres un buen instrumento del movimiento en orden a asimilarlos a éste: y es que en muchos casos se sirve del mismo para expresarlo. En primer lugar, en el mismo verbo *rhein* y en *rhoé* se imita el movimiento con esta letra. Después, en *trómos* (temblor), en *trachý* (rápido) y, ulteriormente, en verbos como *kroúein* (golpear), *thraúein* (romper), *ereikein* (desgarrar), *thrýptein* (despiezar), *kermatízein* (desmenuzar), *rhymbeîn* (voltear): todos éstos los asemeja a través de la *r*. Y es que veía, según imagino, que en ésta la lengua no se detiene para nada, sino que se agita en grado sumo; por esto, creo yo que se ha servido de ella con este fin. [426c]

Aquí se toma como ejemplo el caso de la *r*, que puede ser vibrante, múltiple, simple o gutural. En el párrafo anterior parecen justificar que este fonema sonoro haya sido usado como un buen instrumento para semejar el movimiento mediante la voz. Hay intenciones de querer adecuar la palabra a la naturaleza del cuerpo y forma de la cosa, para que dicha forma, mediante la palabra y lo dicho, se manifieste.

Siendo *rhein*, *rhoé*, *trómos*, *trachý* y demás, verbos de movimiento, es necesario que el imitador ponga en los fonemas algo de movilidad. Lo consigue ejerciendo la vibración de las cuerdas vocales con un campo semántico muy representativo: la naturaleza vibrante de la –r,– consonante en cuestión. La idea del fonosimbolismo surge como una cualidad interna de la palabra que contiene en sí la capacidad de evocar la esencia de lo que se nombra.

Carreter⁸ denomina “voces de creación expresiva” o “palabras fonosimbólicas” a aquellas creaciones elementales del idioma que sugieren directamente una idea por el valor psicológico de las vocales o consonantes. Esta voz de creación expresiva es captable en la onomatopeya, pues es ésta un fonema que se compone del sonido que producen las cosas al suceder.

Podemos decir que la onomatopeya imita a la cosa reproduciendo su sonido, mostrando inmediatamente a la cosa de la que es referente, haciendo evidente que hay cierta identidad esencial entre el signo (significante) y el referente (significado).

Al respecto, Sapir escribe:

Si el involuntario grito de dolor que convencionalmente se representa con “¡ay!” se considera como un verdadero símbolo del habla, equivalente a una idea más o menos como ésta: ‘siento un fuerte dolor’, entonces [esa sería] una definición del lenguaje tan amplia que abarque cualquier modo de deducción [y así,] pierde todo sentido.⁹

Se argumenta aquí que aún las onomatopeyas son interjecciones convencionales derivadas de sonidos naturales, lo que hace que disten de ser portadoras inmediatas del significado o incluso de las imágenes de las cosas. No siempre que alguien diga “¡ay!” querrá decir lo que conlleva el que diga ‘siento un fuerte dolor’ y, por lo tanto, no es equivalente.

1.1.2 Versus la concepción especular

Sóc. - ¡No, por Zeus! A mí, sin embargo, amigo mío, no me parece que esté bien dicho del todo. Herm. - ¿Cómo es eso? Sóc. - Nos veríamos obligados a admitir que los que imitan a las ovejas, los gallos u otros animales están nombrando aquello que imitan. Herm. - Tienes razón. Sóc. - ¿Y te parece que ello está bien? Herm. - No, no. ¿Pero qué clase de imitación sería el nombre, Sócrates? Sóc. - En primer lugar, no lo es, según mi opinión, si imitamos las cosas lo mismo que imitamos con la música, por más que

⁸ Carreter, F. Lázaro, *Diccionario de términos filológicos*. Madrid, Gredos, 1974.

⁹ Sapir, Edward, *El lenguaje*, Ed. FCE, México, 1954, p. 11.

también aquí lo hagamos con la voz. En segundo lugar, no porque imitemos también nosotros lo que imita la música creo yo que estamos nombrando. [423c]

El imitar el balar de una oveja no estará nombrando necesariamente lo que “oveja” significa, aunque pueda traer a la mente la idea del animal en cuestión; por esta posibilidad es preciso distinguir aquí entre dos objetos intrínsecamente distintos: imitar el sonido de algo que produce sonido no es lo mismo que nombrar a lo que produce dicho sonido.

Sóc.- [...] ¿no será lo más acertado distinguir, primero, los elementos –lo mismo que quienes se dedican a los ritmos distinguen, primero, el valor de los elementos, luego el de las sílabas, y ya de esta forma, pero no antes, llegan en su análisis hasta los ritmos–?
Herm. - Sí. [424b]

En este fragmento Sócrates está homologando dos objetos de estudio enteramente diferentes cual si fueran de la misma naturaleza: aplica el método de conocer los ritmos para acercarse al lenguaje. Tonos y sílabas parecen ser equiparables. Es fundamental hacer notar que tonos y sílabas, lo mismo que la música y el lenguaje no son de la misma naturaleza; mientras que los ritmos son la cosa en sí, el lenguaje es un método que usamos para referirnos a ella.

Si fuera el caso que nombres (sílabas) y cosas (ritmos) fueran lo mismo, no habría necesidad de nombrar (de nueva cuenta) a las notas musicales con otros nombres como “Fa”, “Do”, “Sol” o “Re”, además del *cómo* suenan. Mientras que el sonido mismo es el objeto a estudiar, las sílabas son conjuntos de sonidos articulados que conforman palabras y, lo que se comunica con las palabras son ideas, no simplemente palabras llanas.

Usamos palabras para referirnos a ideas. Son las ideas el reflejo (en la mente del sujeto) del material objetivo del que parte toda comprensión. El mundo está dado (y en construcción), y el hombre lo abstrae en la mente. De ello, deriva un pensamiento y ese pensamiento no tiene modo de ser transmitido a otros a menos que se le otorgue un receptáculo que lo contenga. La “materialidad” del pensamiento reside en las palabras, cuyo uso es fundamental para poder comunicar.

El material objetivo, la “cosa” en un tono, es el movimiento de onda que se da como sonido, mientras que la “cosa” en un objeto, es un fenómeno fáctico, físico o abstracto, que

puede ser sonoro o no. Ambos nombres, tanto de los tonos como de los “objetos” se dan como fonemas, e.i., como sonoridad. Dado que fonema y referente comparten la misma naturaleza acústica, he aquí la posible confusión al comparar hasta equiparar tonos y sílabas.

El que el ritmo trabaje con sonidos no implica que sean estos sonidos mismos los fonemas utilizados para referirse a ellos. Al nombrar, otorgamos signos que **refieren** (sin buscar imitar) a cierta porción de la realidad. Hasta aquí, la idea de la imitación mediante la onomatopeya parecía funcionar, hasta que se pretendió nombrar cosas que no producen sonidos, como las formas y los colores.

Sóc. -¿Y qué me dices de esto otro? ¿No te parece que cada cosa tiene una esencia lo mismo que un color y cuantas propiedades citábamos hace un instante? Y antes que nada, ¿el color mismo y la voz no tiene cada uno su esencia lo mismo que todo cuanto merece la predicación de ser? Herm. - Pienso que sí. Sóc. - ¿Pues qué? ¿Si alguien pudiera imitar esto mismo, la esencia de cada cosa, con letras y sílabas, no manifestaría acaso lo que es cada cosa? ¿O no es así? Herm. - Desde luego. [423e]

Y me refiero a lo siguiente: tienen las cosas, cada una de ellas, sonido y forma, y la mayoría, al menos color? Herm.- Desde luego.

La diferencia entre la onomatopeya y las voces fonosimbólicas es que los objetos evocados no son perceptibles por el oído y en muchos casos, por ninguno de los sentidos, lo que aporta un punto en contra de la teoría del lenguaje como reflejo de la realidad. Mientras que en la onomatopeya se asocia una palabra a un concepto sonoro, en el fonosimbolismo se pretende vincular directamente un fonema o conjunto de fonemas a un objeto no sonoro. Entendido lo anterior, hemos de aceptar que el lenguaje no imita la realidad según sus sílabas porque ni el movimiento ni la quietud ni ninguna propiedad física inherente a las cosas están en las letras.

Es de esta manera como llegamos a uno de los pilares que erigen una de las hipótesis más importantes planteadas en esta tesis: dado que en el mundo hay más cosas que nombrar que aquello que tiene sonoridad, la onomatopeya parece ser insuficiente. Y por tal insuficiencia,

se desenmascara la supuesta característica de las palabras de ser reflejo de las cosas, para instaurar, a su vez, su capacidad para representar ideas y conceptos.

El fin de nombrar es el poder remitirnos a un objeto sin la necesidad de que esté éste presente. El tener una grafía con sentido, i. e. un signo, implica un proceso anterior en el que una idea hubo de ser abstraída de la cosa hasta pasar por el entendimiento. Luego de ello, se empalmó *eso* que se abstrajo con una *palabra* con el fin de poder referirse con practicidad a cosas y a ideas acerca de cosas. Por esto decimos que al nombrar buscamos poder comunicar ideas acerca de cosas y no proferir palabras por sí mismas; esto se logra trayendo a la mente del receptor del mensaje dichas ideas (a las que llegamos gracias a la referencia verbal), no así a las cosas mismas (cosa que no se puede hacer literalmente mediante el lenguaje), sino sólo las representaciones mentales que de ellas se tengan.

El haber llegado a esta conclusión es de vital importancia para comprender por qué el nombrar refiere a ideas y conceptos, que a su vez refieren a “objetos” (no necesariamente físicos) de la realidad.

Es evidente que mediante las palabras podemos nombrar cosas, pero esa capacidad no se da en el nombre mismo, pues el nombre por sí no refleja cosa alguna, no hay en su interior algo que describa ni que contenga a la cosa. Las palabras han sido otorgadas de un significado para poder hablar de cosas tanto concretas (aunque no estén presentes al momento de su enunciación) como abstractas.

Cualquier pensamiento que surja en la mente del hombre, tanto por su contenido como por su forma, no es más que un reflejo del mundo material. Pueden ser objeto de nuestro estudio no sólo los objetos y fenómenos del mundo material, sino, además, los fenómenos espirituales (por ejemplo, los conceptos, los juicios y los ratiocinios). Pero incluso en este último caso reflejamos en forma mediata la realidad material, dado que tanto el contenido como la forma de cada concepto, de cada juicio y de cada ratiocinio particulares, sean un reflejo del mundo material.¹⁰

Al aseverar que “han sido otorgadas”, señalamos que no han estado desde antes de las cosas, que no son innatas y que no yacen en un mundo ideal; las palabras, antes de las

¹⁰ D. P. Gorski, “Lenguaje y conocimiento” en *Pensamiento y lenguaje*, Ed. Grijalbo, México, 1961, p. 68.

cosas, no existían y si no fuera por la hechura de los hombres que buscan hacer concordar (mediante convenios) el lenguaje con la realidad, las palabras no tendrían sentido.

Consiguientemente, según la eterna letanía del paralelismo antitético, las palabras, como objetos indeterminados de conceptos empíricos, son apariciones críticas, fantasmas, no-palabras, y sólo por medio de su empleo y del significado con el que se utilizan se convierten en objetos determinados por el intelecto. Este significado y su determinación nacen, como es sabido por todos, de la conexión de un signo verbal — arbitrario e indiferente a priori, pero necesario a posteriori e imprescindible— con la intuición del objeto mismo, y por este vínculo repetido, el mismo concepto, por medio tanto del signo verbal como de la intuición, es transmitido y queda impreso e incorporado al intelecto.¹¹

El que las palabras sean el receptáculo de los pensamientos las dota de la capacidad para comunicar algo acerca de lo que refieren, pero, ¿de dónde les viene a las palabras dicha capacidad para referir? Esa capacidad no es anterior al contrato de los hombres entre sí y que varía de nación en nación; es únicamente en su empleo cuando se fija el significado que servirá como unión entre la cosa y la idea que se tiene de ella. Gracias a las palabras se traen al discurso presente ciertos objetos que el intelecto necesita para transmitir una idea de una persona a otra.

La concepción científica de la lengua como medio de comunicación obliga a reconocer que una combinación de sonidos se convierte en palabra tan sólo si se halla relacionada con un reflejo determinado de los fenómenos de la realidad en la mente del hombre. El significado de la palabra es cierto reflejo, en la conciencia, del objeto o del fenómeno de que se trata, (...) una especie de vaciado de dicho objeto o fenómeno.¹²

Por todos es sabido que los idiomas se conforman de diversas palabras. Las palabras son unidades de la lengua que poseen una unidad de composición fonético y gramatical. Si bien estas unidades, independientemente del idioma que se trate, parten de una misma (o muy

¹¹ Hamann, *Op. Cit.*, pp. 42-43.

¹² V. M. Boguslavski, "La palabra y el concepto" en *Pensamiento y lenguaje*, Ed. Grijalbo, México, 1961, p. 213.

semejante) realidad, sólo tienen sentido para determinada comunidad o nación que posea el mismo lenguaje. Esto es debido a que cada agrupación humana ha encomendado históricamente una unidad de grafía y fonema a la que anejan un cierto objeto y un cierto significado. Luego esas palabras se heredan, lo que abona a que se mantengan y perduren a través del tiempo, porque se enraizan en la cultura hasta formar una realidad difícilmente intercambiable.

Para que, al hablar, los individuos puedan comprenderse y comunicarse sus pensamientos, y para que puedan adquirir conocimientos a través del idioma, es de extraordinaria importancia puntualizar el significado y el sentido de las palabras utilizadas en los raciocinios.¹³

Como hemos dicho, las palabras por sí mismas, separadas de la encomienda humana de referir, no tendrían sentido, por lo que necesariamente se les otorga un significado. El sistema de significados está concatenado al interior de cada lengua y, por ende, es correlativo a todas las demás unidades significativas de la lengua dada.

Así pues, con las palabras en un primer momento no se trata de reproducir un sonido real, ni de llegar sin mediación al objeto, sino *sugerir* mediante la fonética de la palabra, una idea, una sensación o una acción.

Luego, ¿por qué resulta tan pertinente aclarar la distinción entre objeto y lenguaje? En la cita que sigue se ve claramente cómo están amalgamados y se toman por uno y lo mismo el nombrar y la cosa. En el caso de aceptar la condición que propone Fray Luis de León, estaríamos negando nada menos que la posibilidad del conocimiento. Veamos porqué:

Para Fray Luis de León [...] La verdad reside en el ser real; la *imagen de la verdad*, en nuestra boca y en nuestro entendimiento, cuando corresponde al ser real. Para mejor comprensión, nuestro autor propone la comparación de los espejos: si se juntan muchos espejos y los ponemos delante de los ojos, la imagen del rostro que es una, reluce una misma y en un mismo tiempo en cada uno de ellos. *El ser real en sí –en este*

¹³ Gorski, *Op. Cit.*, p. 85.

caso, el rostro– es «uno e idéntico» pero se multiplica como imagen en cada espejo. De igual manera acontece entre el ser real en sí y la mente de los hombres. En esta, como en los espejos, se hacen «imagen» de las cosas y, por ello, es «una» con dichas cosas¹⁴, de modo que «la silla de la unidad venza y reine sobre todo». La realidad –el ser real en sí– configura su imagen en la mente humana, su «eidos», pero dicta a la vez, su nombre a la boca. El nombre, entonces, contiene la imagen del ser real en sí¹⁵. En consecuencia, Fray Luis de León define al nombre como aquello mismo que se nombra, no en el ser real y verdadero que tiene, sino en el ser que le da nuestra boca y entendimiento. El nombre, pues, es una palabra breve, que se sustituye por aquello de quien se dice y que se toma en lugar del ser verdadero real al que remite o designa.¹⁶

Expuesta la postura del espejismo de la realidad con respecto al pensamiento y al lenguaje de la manera como Fray Luis de León la plantea, facilita la identificación de al menos dos problemas:

El primer problema consiste en una confusión entre la cosa en sí y el reflejo de ésta, como pensamiento, en la mente.

El ser real en sí –en este caso, el rostro– es «uno e idéntico» pero se multiplica como imagen en cada espejo. De igual manera acontece entre el ser real en sí y la mente de los hombres.

De tomar por equivalentes <el ser real en sí> y <–la imagen de éste en– la mente de los hombres>, la finalidad última del pensamiento sería que éste se dedicara a duplicar cosas del mundo. Debido a que un espejo refleja lo que hay exactamente tal cual es, ¿hay acaso hecho más absurdo que el que se tenga duplicado el mundo? Cada que se pensara algo, se estaría duplicando todo al infinito. ¿Y cuál sería el propósito de tener todo duplicado?

¹⁴ Cursivas L.S.

¹⁵ Cursivas L.S.

¹⁶ Muñiz Rodríguez, Vicente, *Introducción a la filosofía del lenguaje II. Cuestiones semánticas*, Ed. Anthropos, España, 1992, p. 39.

Además, nos veríamos en la necesidad de *proveer* de materialidad al pensamiento, retornando al problema del realismo extremo¹⁷, en el que el ser de las ideas tiene cabida en la naturaleza.

Sócrates esboza ya los problemas a los que conlleva un argumento como éste.

Sóc. – [...] puede que no haya que reproducir absolutamente todo lo imitado, tal cual es, si queremos que sea una imagen. Mira si tiene algún sentido lo que digo: ¿es que habría dos objetos tales como Cratilo y la imagen de Cratilo, si un dios reprodujera como un pintor no sólo tu color y forma, sino que formara todas las entrañas tal como son las tuyas, y reprodujera tu blandura y color y les infundiera movimiento, alma y pensamiento como los que tú tienes? En una palabra, si pusiera a tu lado un duplicado exacto de todo lo que tú tienes, ¿habría entonces un Cratilo y una imagen de Cratilo o dos Cratilos? Crat. - Paréceme, Sócrates, que serían dos Cratilos. Sóc. - ¿No ves, entonces, amigo mío, que hay que buscar en la imagen una exactitud distinta de las que señalábamos ahora mismo?, ¿que no hay que admitir a la fuerza que si le falta o le sobra algo ya no es una imagen? ¿No te percatas de lo mucho que les falta a las imágenes para tener lo mismo que aquello de lo que son imágenes? [432b]

Al tener en el pensamiento una imagen exacta de lo que <el ser real en sí> es, tendríamos también conocimiento de sus estructuras internas y de sus potencialidades, de cómo opera bajo todas sus posibles relaciones con otros seres y fenómenos y de sus alcances a futuro. De aceptar tal semejanza, mediante el pensamiento tendríamos acabado el edificio del conocimiento de las cosas en sí.

Pero esto es sencillamente falso, porque en vez de conformarnos con simplemente duplicar las cosas en el pensamiento, la humanidad se ha enfocado en esfuerzos milenarios y monumentales por conocerlas, por entender el mundo circundante y así poder manipularlo.

El segundo problema consiste en la confusión de tomar por equivalentes *al pensamiento* y *al nombre* que se usa para referirse a dicho pensamiento. Así como hay una evidente diferencia entre pensamiento y cosa pensada, es preciso señalar que también la hay entre palabra y cosa nombrada.

¹⁷ Véase cap. 2.6.1 *Realismo extremo*

La realidad –el ser real en sí– configura su imagen en la mente humana, su «eidos», pero dicta a la vez, su nombre a la boca. El nombre, entonces, contiene la imagen del ser real en sí.

No podemos tomar al nombre en lugar del ser verdadero real al que **refiere**, porque caeríamos de nueva cuenta en el problema de confundir a la cosa en sí con un producto que el hombre genera a partir de ella.

Crat. - Sí, sí. Sóc. - Sería ridículo, Cratilo, lo que experimentarían por culpa de los nombres aquellas cosas de las que los nombres son nombres, si todo fuera igual a ellos en todos los casos. Pues todo sería doble y nadie sería capaz de distinguir cuál es la cosa y cuál el nombre. Crat. - Dices verdad. [432d]

Luego, si al tener una palabra tenemos inmediatamente al ser al que nombra, no habría confusión al no conocer las palabras de cualquier idioma, promoviendo de esta manera una suerte de innatismo en el lenguaje.

Basta hacer un examen de todas las palabras que no conocemos de cualquier idioma, incluso el propio, para saber que esto no opera así. Por lo tanto, hemos de aceptar que existe una evidente distinción entre el signo y lo que éste nombra.

Aquí se apunta ya a señalar la distinción entre objeto formal y objeto material, donde entendemos por <objeto formal> la palabra y por <objeto material> la cosa en sí. Esta distinción resulta pertinente para toda pretensión epistemológica, pues de aceptar que “el que descubre los nombres descubre también aquello de lo que son nombres”, ninguna ciencia tendría propósito, ya que en las palabras, los contenidos serían creados por la propia forma de expresión. Las palabras brindarían generosamente tanto los significados como el ser de las cosas mismas que designan y, así, la empresa del conocimiento estaría felizmente concluida, “si [el conocimiento] fuera innato, ya todos lo sabrían, pero no es así porque los hombres desconocen y luego aprenden”¹⁸; porque ocurre que seguimos conociendo sin cesar y que no por el simple hecho de conocer una palabra conoceremos a la cosa que designa.

¹⁸ Locke, John, *Ensayo sobre el entendimiento humano*, Ed. FCE, México, 1977, p. 34-35.

Sóc. -¿Acaso sucede lo mismo con el descubrimiento de los seres: que el que descubre los nombres descubre también aquello de lo que son nombres? ¿O hay que buscar y descubrir por otro procedimiento, y en cambio, conocer por este? [436a]

Así, respecto al argumento en el que al tener una palabra correcta ya hemos de comprender a cabalidad lo que una cosa es, hemos de sugerir una perogrullada que es apropiada para este breve estudio: la palabra es independiente del ser de las cosas, la palabra es únicamente el acuerdo bajo el cual establecimos un signo para poder comunicarnos.

Es de esta manera como regresamos a uno de los puntos álgidos que sostienen el edificio de la presente argumentación: el lenguaje no es reflejo de las cosas, sino que su ser conlleva a una inminente referencialidad. ¿Referencialidad de qué? De la realidad concreta y de las abstracciones mentales que de dicha realidad se derivan.

Pretendo rebatir aquí la idea de la identificación de la teoría del significado con la teoría de la referencia, identificación que implica que el significado de una expresión es la entidad a la cuál sustituye. El ideal del lenguaje que aquí se persigue es, en palabras de Gadamer, “un *analysis notionum* que, partiendo de los conceptos, desarrollaría todo el sistema de los conceptos verdaderos y reproduciría el todo de lo que es.”¹⁹ El conflicto con que se *reproduzca todo lo que es* radica en que el ser de las cosas se entremezclaría con el del nombre y de tomarse literal, da pie a pensar que al mencionar las palabras “luz” y “agua” se harían crecer jitomates. Esto resulta peligroso porque después podríamos estar justificando cosas como que el lenguaje tiene una realidad independiente de lo concreto. Por tal motivo aquí se pugna la distinta naturaleza de cosas y nombres, que no están las palabras “en lugar de” sino que representan a las cosas designadas y lo absurdo que resultaría el que un lenguaje reprodujera todo lo que es, pues tal empresa sería de ínfima utilidad.

Así que no hay que perder de vista que nos *referimos* al ser de las cosas, por lo que resulta pertinente decir cuáles son las reglas mediante las cuales es posible que este proceso se lleve a cabo.

¹⁹ Gadamer, *Op. Cit.*, p. 500.

Saber lo que una palabra “quiere decir” no evita que haya errores al acercarnos a las cosas mismas, ni que por saber la palabra “sol” vayamos a saber su constitución interna y las fuerzas que aquel astro ejerce sobre la tierra y sobre otros cuerpos del sistema del que forma parte, o acerca de si es un astro siquiera ni de sus propiedades. Tenemos, entonces, que no se reemplaza la cosa con el nombre, así que

Soc.- [...] búscale al nombre otra clase de exactitud y no convengas en que el nombre es una manifestación de la cosa mediante sílabas y letras. [433b]

Hasta aquí acordamos que las palabras no imitan a las cosas mediante sus letras. Si bien parece haberse resuelto algo, aún queda abierta la brecha e inconcluso el asunto de cómo es posible que se sigan uniendo los símbolo con las realidades fácticas que designan.

Lo que Russell sugiere es que los nombres no son realmente nombres y que enmascaran en sí una delineada descripción. Su aporte retoma principalmente la cuestión de los nombres propios.

1.2 De los nombres propios que resguardan descripciones

Los nombres de que comúnmente nos servimos, como "Sócrates", no son en realidad otras cosas que descripciones abreviadas; más aún, lo que éstas describen no son particulares, sino complicados sistemas de clases o series... nosotros no conocemos directamente a Sócrates y, por tanto, no podemos nombrarlo. Cuando empleamos la palabra "Sócrates", hacemos en realidad uso de una descripción. Lo que pensamos al decir "Sócrates" podría traducirse por expresiones como "El maestro de Platón", "El filósofo que bebió la cicuta" o "La persona de quien los lógicos aseguran que es mortal", mas no emplearemos ciertamente aquel nombre como un nombre en sentido propio. [...] Las únicas palabras de que, de hecho, nos servimos, como nombres, en el sentido lógico del término, son palabras como "esto" o "aquello". Podremos hacer uso

de "esto" como de un nombre referido a algún particular directamente conocido en este instante.²⁰

Para Russell es evidente que si un nombre tal como "Sócrates" refiere al mismo individuo que "el filósofo que bebió la cicuta" es porque ambos son factibles de traducirse e incluso intercambiarse. Revisemos su argumentación completa:

²¹Voy a continuación a presentar tres rompecabezas de una teoría que la denotación debería ser capaz de resolver; y mostraré más adelante que mi teoría los resuelve.

1) Si *a* es idéntica a *b*, cuanto sea verdadero de una de dichas expresiones lo será de la otra. Por la misma razón, será posible sustituir en una proposición a una de ellas por la otra sin alterar la verdad de dicha proposición. Ahora bien, Jorge IV deseaba saber si Scott era el autor de *Waverley*; y Scott lo era realmente. Podemos, por tanto, sustituir *el autor de Waverley* por *Scott* y de ese modo probar que Jorge IV deseaba saber si Scott era Scott.

2) en virtud del principio de tercio excluso, una de estas dos proposiciones: "A es B" o "A no es B", ha de ser verdadera. Por tanto, o bien es verdadera "El actual rey de Francia es calvo" o lo es "El actual rey de Francia no es calvo". No obstante, si enumerásemos las cosas que en el mundo son calvas y a continuación hiciésemos lo mismo con las que no son calvas, no hallaríamos al actual rey de Francia en ninguno de ambos conjuntos, los hegelianos, con su predilección por la síntesis, concluirían acaso que lleva puesta una peluca.

3) Considérese la proposición "A difiere de B". Si es verdadera, habrá una diferencia entre A y B, circunstancia expresable mediante la fórmula "La diferencia entre A y B subsiste". Pero si es falso que A difiere de B, lo que ha de expresarse mediante la fórmula "La diferencia entre A y B no subsiste". Mas ¿cómo es posible que una no-entidad sea el sujeto de una proposición? "Pienso, luego existo" no es más evidente que "Soy el sujeto de una proposición, luego subsisto", una vez convenido que "soy" expresa aquí el ser o el subsistir, más bien que la existencia. De este modo,

²⁰ Bustos Guadaño, Eduardo de, *Filosofía del lenguaje*, UNED (Universidad Nacional de Educación a Distancia), Madrid, 2013, p. 270.

²¹ Russell, Bertrand, "Sobre el denotar" en *Semántica filosófica*, pp. 62-63.

la negación de la entidad de cualquier cosa resultaría siempre contradictoria consigo misma.

Enfoquémonos en la profundización de la primer parte del rompecabezas de la teoría que la denotación que Russell propone.

“Si *a* es idéntica a *b*, cuanto sea verdadero de una de dichas expresiones lo será de la otra. Por la misma razón, será posible sustituir en una proposición a una de ellas por la otra sin alterar la verdad de dicha proposición”²² entonces, para referirnos a Aristóteles, podríamos decir “Aristóteles es el hombre más notable que estudió con Platón”²³, teniendo así una descripción que define quién fue Aristóteles. Como podemos intercambiar una por otra, según la relación de identidad hasta ahora propuesta, podríamos válidamente decir que ‘el hombre más notable que estudió con Platón’ fue, a su vez, maestro de Alejandro Magno.

Para Russell, los nombres propios gramaticales son abreviaturas de cierto tipo de *descripciones* definidas, son descripciones truncadas.

Las palabras comunes, incluso los nombres propios, son usualmente en realidad descripciones. Es decir, el pensamiento en la mente de una persona que usa un nombre propio correctamente puede generalmente sólo expresarse explícitamente si reemplazamos el nombre propio por una descripción.²⁴

De esta manera, Russell, al sugerir que los nombres conllevan a ciertas descripciones, parece ciertamente, apunta Kripke, tener la teoría bien acabada de acuerdo con la cual un nombre propio no es un designador rígido²⁵ y es sinónimo de la descripción a la que reemplazó.

Las descripciones definidas serían expresiones de la forma ‘el tal y tal’ o ‘la tal y tal’, como ‘el actual presidente de México’, ‘el norte magnético de la Tierra’ y ‘el resultado de

²² *Idem.*

²³ Kripke, Saul, *El nombrar y la necesidad*, Tr. Margarita M. Valdes, UNAM, México, 1995, p. 59.

²⁴ Russell, ‘Knowledge by Acquaintance and Knowledge by Description’, p. 114, citado en “Kripke y los nombres propios” p. 2 por Maite Ezcurdia IIF, UNAM 16 de marzo, 2010.

²⁵ Por designador rígido Kripke entiende un nombre que no cambia.

multiplicar 3 por 8'. Con una descripción definida pretendemos seleccionar un objeto, *existente y único*, que es de 'tal y tal' manera. Al seleccionar ese objeto, estas expresiones parecen tener la misma función que los nombres propios, aunque la ejerzan de forma distinta.

Es de esta manera como se concluye que en realidad un nombre propio, adecuadamente usado, no es más que una descripción definida abreviada o disfrazada. Frege dijo que dicha descripción daba el sentido del nombre. Dicho sentido parece ser claro: deberíamos ser capaces de dar una descripción definida tal que el referente del nombre, por definición, sea el objeto que satisface la descripción.

De esta manera, podríamos ahora dar cuentas de la denotación como sigue:

Si interpretamos toda proposición en que aparezca 'el autor de *Waverley*' [...], la proposición 'Scott era el autor de *Waverley*' (esto es, 'Scott era idéntico al autor de *Waverley*') se convertirá en 'una y sólo una entidad escribió *Waverley*, y Scott era idéntico a dicha entidad'; o recurriendo de nuevo a explicitar esta formulación en su integridad: 'No es siempre falso de x que x escribiera *Waverley*, ni que sea siempre verdadero de y que, si y escribió *Waverley*, y sea idéntico a x , ni que Scott sea idéntico a x '. (...) Scott será, así, la denotación de 'el autor de *Waverley*'.²⁶

"Russell dice que [...] precisamente por el hecho de que las cosas que llamamos 'nombres' abrevian descripciones, no son realmente nombres. Así, puesto que 'Walter Scott', de acuerdo con Russell, abrevia una descripción, 'Walter Scott' no es un nombre y los únicos nombres que existen realmente en el lenguaje ordinario son, quizá, los demostrativos tales como 'esto' y 'eso'."²⁷ Esta es precisamente la doctrina de Russell del conocimiento directo [by acquaintance] la cual, en teoría, satisfacía los nombres que él llamaba genuinos o propios usados en una ocasión particular para referirse a algún objeto del que el hablante tiene conocimiento directo.

Al respecto hemos de decir que parece un hecho que en el lenguaje común existen más palabras y modos de "señalar" que diciendo 'esto' y 'eso'. Existen nombres ordinarios que

²⁶ Russell, *Op. Cit.*, p. 68.

²⁷ Russell citado por Kripke, *Op. Cit.*, p. 31.

refieren a todo tipo de personas a las que no es posible señalar, como es el caso en que nos refiramos a una persona que no está físicamente presente al momento de su enunciación. Es aquí precisamente donde entra en operación la memoria y con ella nuestra capacidad para *referir* sin señalar; por lo que considero que es posible que el lenguaje opere a un alcance más largo que el de la propia visión. Al hablar de cosas de las que tuvimos conocimiento directo, nuestra referencia parece estar determinada por el conocimiento que tengamos de ellas.

En la reflexión siguiente revisaremos algunos argumentos de Saul Kripke en donde plantea que los nombres no parecen ser descripciones disfrazadas. Tomaremos por ‘nombre’ a un nombre propio, esto es, el nombre de una persona, de una ciudad, de un país, etcétera. Revisaremos si es aplicable decir del término <nombre> que es una descripción definida. Para las líneas subsecuentes usaremos por tanto solamente aquellas cosas en el lenguaje ordinario serían llamados nombres propios.

[...] Entendamos la posición adoptada por Frege y Russell.

El problema básico es el cómo podemos determinar qué cosa es el referente de un nombre, tal y como lo usa un hablante particular. De acuerdo con la tesis que convierte los nombres en descripciones, la respuesta es clara. Si “Joe Doakes” es sólo la abreviatura de “el hombre que corrompió a Hadleyburg”, entonces, cualquiera que haya corrompido a Hadleyburg, y que haya sido el único en hacerlo, es el referente del nombre “Joe Doakes”. Pero, si no hay tal contenido descriptivo en el nombre, entonces ¿cómo puede la gente ser capaz de usar nombres para referirse a las cosas?²⁸

Para plantear de manera diferente la misma cuestión, supóngase que preguntamos “¿Por qué tenemos nombres propios después de todo?” obviamente para referirnos a los individuos. “Sí, pero las descripciones podrían hacernos ese servicio”. Pero sólo al costo de especificar las condiciones de identidad cada vez que se hace una referencia: supongamos que estamos de acuerdo con eliminar “Aristóteles” y usar, digamos, “el maestro de Alejandro”, entonces es una verdad necesaria que al hombre al que nos referimos es el maestro de Alejandro, pero es un hecho contingente que Aristóteles se dedicó alguna vez a la pedagogía (aunque sugiero que es un hecho

²⁸ Kripke, *Op. Cit.*, pp. 32-33.

necesario que Aristóteles tenga la suma lógica, la disyunción inclusiva, de las propiedades comúnmente atribuidas a él. (Searle, Caton (comp.), *Philosophy and Ordinary Language*, p.160)²⁹

¿Qué tan cierto es que podríamos valernos de las descripciones para tener el mismo servicio de los nombres? Es un hecho que en el lenguaje existen nombres que conllevan cierta descripción, como ‘Jack el Destripador’, y ese individuo será el que cometió todos aquellos asesinatos o la mayor parte de ellos y será a quien busque la policía de Londres. Pero también es un hecho que no todos los nombres propios tienen aneja una descripción de ese tipo en la que se está dando la referencia del nombre.

Revisemos con detalle si los nombres son descripciones definidas o no.

No debe pensarse que toda frase de la forma “la x tal que Fx” se usa siempre en el lenguaje como una descripción y no como un nombre. Me imagino que todos han oído hablar del Sacro Imperio Romano, que no era sacro ni romano ni era un imperio. Hoy en día tenemos a las Naciones Unidas. Parecería que ya que estas cosas pueden llamarse así aun cuando no sean Naciones Unidas Sacro Romanas, estas expresiones deberían considerarse, no como descripciones definidas, sino como nombres. En el caso de algunos términos, la gente podría tener dudas acerca de si son nombres o descripciones: por ejemplo “Dios”, ¿describe a Dios en tanto que único ser divino o es el nombre de Dios?³⁰

A continuación presento cuatro puntos a favor de la postura que sostiene que las expresiones de las que hemos venido hablando deberían considerarse, no como descripciones definidas, sino como nombres

1.2.1 Versus la teoría de las descripciones

A la idea de que los nombres son descripciones se le interponen cuatro obstáculos. Enlístolos primero:

Los nombres no son descripciones definidas.

²⁹ Citado en Kripke, *Ibid.*, p. 63.

³⁰ *Ibid.*, p. 31.

- 1) Imposibilidad de repetir nombres tantas veces, porque se designaría a la misma persona. Sería preciso apelar al contexto.
- 2) Una misma descripción puede ser aplicable a más de un individuo.
- 3) Las descripciones definidas no tienen la misma función lógica que los nombres propios.
- 4) Se estaría naturalizando algo contingente.

1 No podría haber nombres repetidos

porque en el caso de nombres propios, al mencionar alguno, por ejemplo, Adolfo, éste designaría siempre a la misma persona.

El nombre no es el hombre al que designa. Evidencia de ello es que de hecho varían las descripciones de una persona con el mismo nombre. Alguien usa el nombre “Adolfo”, ¿cómo se supone que sabemos a quién se refiere?, ¿cómo distinguir entre Sánchez Vázquez, López Mateos, Ruiz Cortines, De la Huerta, Bécquer y Hitler? Kripke reflexiona que “si realmente tenemos nombres, [en el sentido que estamos estudiando] un buen diccionario debería ser capaz de informarnos si los nombres tienen la misma referencia”³¹, pero esto no es así. Al hablar de nombres propios no estamos tratando con palabras que apliquen para todo momento de igual manera; necesitamos del contexto y alguna referencia de la cual asirnos, misma que sólo fungirá como ello: referente y no como parte del significado.

2 Como si un nombre nos diera la ruta exacta hacia el nombre propio.

Si este fuera el caso, bastaría con <conocer> un nombre para entender lo que una cosa significa. Tendríamos acceso a los gustos, afecciones y características de cierta persona, sin mencionar que habrían de existir tantos nombres como personas en el mundo, pues de repetirse alguno habría una irremediable confusión acerca de quién es cuál al momento de

³¹ *Ibid.*, p. 100.

nombrar a alguno por ese nombre propio (repetido) debido a la idea de que tanto nombres como descripciones son igualmente intercambiables.

Además, nos sujetaríamos a una suerte de horóscopo donde ya está determinada la personalidad del individuo por el signo bajo el cual nació. Esto es a todas luces falso, pues un nombre no significa nada (excepto, claro, si buscamos el significado que le ha sido otorgado en algún libro específico para ello), porque no todo el que se nombre así va a ser el que tal y tal y tal...

Cabe la posibilidad de que Alejandro Magno haya tenido otros maestros y que por ende ellos caigan bajo la descripción de “el maestro de A.M.”; esto no basta para aseverar que todo al que le sea aplicable esta descripción será por *default* “Aristóteles”.

3 Se añade información. Juicio sintético

“Ahora bien, Jorge IV deseaba saber si Scott era el autor de *Waverley*; y Scott lo era realmente. Podemos, por tanto, sustituir *el autor de Waverley*” por *Scott* y de ese modo probar que Jorge IV deseaba saber si Scott era Scott.”³²

Parece sospechoso afirmar tan tajantemente que lo que realmente quería saber Jorge IV era si Scott era Scott. A mi parecer, una afirmación de identidad de esta forma, quedaría reducida a una simple y rotunda obviedad.

Pero hay que tener en cuenta que lo que aquí se está haciendo no es mostrar una evidente relación de identidad, sino que se está añadiendo información extra al respecto, lo que posibilita a un oyente que no lo haya sabido antes comprender cierta información acerca de quien se habla, pues ningún conocimiento es innato.

Las descripciones definidas no tienen la misma función lógica que los nombres propios, es decir, no *describen* objetos del mundo. Si así fuera, "El actual rey de España es Juan Carlos I" sería una tautología o una falsedad. Pero es un juicio sintético.

³² Russell, *Op. Cit.*, p. 63

Si “Aristóteles” significara *el hombre que enseñó a Alejandro Magno*, entonces decir “Aristóteles fue un maestro de Alejandro Magno” sería una mera tautología. Pero seguro que no lo es, expresa el hecho de que Aristóteles enseñó a Alejandro Magno, algo que podríamos descubrir que fue falso. Así, *ser el maestro de Alejandro Magno* no puede ser parte de [el sentido de] el nombre.³³

Este tipo de aserciones son tan frecuentes, ciertamente porque nombres y descripciones no significan lo mismo de manera inmediata. Aún a pesar de que los nombres están a cierta distancia del ser, el lenguaje natural está colmado de ellos.

“No necesariamente sabemos *a priori* que un enunciado de identidad entre nombres es verdadero”³⁴. No sabemos *a priori* que Doroteo Arango sea Pancho Villa y no estamos en situación de descubrir la respuesta más que empíricamente (teniendo noticia de ello).

4 Se estaría naturalizando algo contingente

De acuerdo con Frege, hay una especie de debilidad o defecto en nuestro lenguaje. Algunas personas pueden dar un sentido al nombre “Aristóteles”, otras pueden darle otro. Pero por supuesto, esto no es todo; incluso cuando se pregunta a un solo hablante “¿qué descripción estás dispuesto a sustituir por el nombre?”, puede sentirse totalmente desconcertado. De hecho, puede saber muchas cosas acerca de Aristóteles, pero sentirá claramente que cualquier cosa particular que sepa expresa una propiedad contingente del objeto, ya que estaríamos tomando como esencial algo que no lo es. Así, Scott pudo haber o no escrito *Waverley* y Alejandro Magno pudo no haber tenido a Aristóteles como maestro.

“Tal vez Carlyle asociaría al significado del nombre de un hombre notable sus hazañas.”³⁵ De acuerdo con esta descripción sería necesario, una vez que cierto individuo nace, que esté destinado a realizar varias tareas notables y así, sería parte de la naturaleza misma de Aristóteles, para continuar con el ejemplo, el haber producido ideas que tuvieron una gran influencia en el mundo occidental.

³³ Kripke, *Op. Cit.*, p. 35.

³⁴ *Ibid.*, pp. 103-104.

³⁵ Russell, *Op. Cit.*, p. 76.

El hecho de que “el maestro de Alejandro” es susceptible de distinciones de alcance en los contextos modales y el hecho de que no es un designador rígido se ilustran cuando uno observa que el maestro de Alejandro pudo no haber enseñado a Alejandro (y, en dichas circunstancias, no habría sido el maestro de Alejandro). Por otro lado, no es verdad que Aristóteles podría no haber sido Aristóteles, aunque Aristóteles podría no haberse *llamado* “Aristóteles”, exactamente de la misma manera como 2 x 2 podría no haberse *llamado* cuatro.³⁶

Aún si no se hubiese llamado ‘Aristóteles’, eso no habría definido en modo alguno el que escribiera la *Metafísica* o la *Ética a Nicómaco*, ni el que hubiera tenido las muchas propiedades comúnmente atribuidas a él. No determina el nombre la realidad y lo que es más, –si hemos seguido la consecuencia argumentativa hasta aquí, admitiremos que– la realidad tampoco determina al nombre. Aunque Aristóteles no hubiera sido maestro de Alejandro, estas no son circunstancias en las que él no hubiera sido Aristóteles.

Pongamos ahora por caso el de Thomas Alva Edison, inventor que muchos conocemos como ‘el padre de la electricidad’. ¿Se sigue de esto que quien haya sido el padre de la electricidad es el referente de Edison? Si saliera a la luz un fraude intelectual del inventor y se descubriera que el crédito debiera tenerlo Nikola Tesla, no seguiríamos llamando a Edison ‘el padre de la electricidad’, pero sí lo seguiríamos llamando Edison. El nombre por lo tanto, no es una abreviatura de la descripción.

Entonces, decir que “la notación canónica de un nombre tal como ‘Sócrates’ debería ser reemplazada por una descripción”³⁷ parece ser falso, porque no hay sólo una descripción que abarque todo lo que Sócrates fue. No lo podemos de manera alguna, ¡por Zeus!, reducir a una sola descripción porque ciertamente será más que eso.

Hubo quien sugirió que necesitaríamos un número indefinido de descripciones y entonces se propuso una solución:

³⁶ Kripke, *Op. Cit.*, p. 35.

³⁷ *Ibid.*, p.64.

1.3 Concepto cúmulo

La teoría del concepto cúmulo [consiste en] decir que el cúmulo de descripciones, proporcionan de hecho el significado del nombre, y que cuando alguien dice “Walter Scott”, quiere decir *el hombre que tal y tal y tal y tal*. No hay una descripción única para cada individuo, hay un cúmulo de explicaciones que muchos comparten, pero que se diferencian de esos, en que comparten otras descripciones con otros muchos humanos.³⁸

Kripke apunta que muchos filósofos han observado que si el cúmulo de propiedades asociadas con un nombre propio se toma en un sentido muy restringido, de manera que se le concede pero sólo a una propiedad, digamos una descripción definida, para seleccionar el referente –e.g. Aristóteles fue el filósofo que instruyó a Alejandro Magno– entonces parecerá que resultan ser verdades necesarias ciertas cosas que no son verdades necesarias –en este caso, que Aristóteles haya instruido a Alejandro Magno–. Pero, como dijo Searle, no es una verdad necesaria que Aristóteles se haya dedicado a la pedagogía, sino una verdad contingente. Por lo tanto, concluye Searle, hay que deshacerse del paradigma original de una sola descripción y adoptar el paradigma de un cúmulo de descripciones.

Para tal efecto, necesitaríamos de una amplia suma de descripciones para referirnos justo a esa persona y muy probablemente haya más personas que una sola que entran bajo las mismas descripciones, por lo que se necesitaría que hubiera un número indefinido de descripciones para referirnos justo a una persona.³⁹

Supongamos que de alguna extraña manera pudiera también responder a esas propiedades que asociamos al nombre y por lo tanto habría que hacer una lista exhaustiva para saber si de *eso*, sólo hay uno en el mundo, lo que nos sumerge en el problema de la inconmensurabilidad.

³⁸ *Ibid.*, pp. 75-76.

³⁹ Lo que en realidad **asociamos** al nombre no es sólo una descripción, sino una familia de ellas, por lo tanto hemos de decidir que no hay una descripción superior jerárquicamente a otras que comprenda la totalidad de lo que el individuo es, pero sí podríamos señalar alguna característica relevante del mismo sólo con el fin de acotar el dominio de discurso y hacer explícito a quién se refiere uno cuando habla de un tal ‘Adolfo’.

Además de ser ínfimamente práctico el seguir esta propuesta [de equiparar nombres con descripciones], parece innecesario, debido a que la comunicación persiste y los nombres propios operan útilmente siendo palabras simples y no descripciones definidas.

Los nombres propios se distinguen de los sustantivos en que los primeros no tienen anejo un concepto a sí, sino que únicamente fungen como referente que “señala” un objeto específico y algunas veces, único en el mundo. Así, cuando decimos “La Sierra Madre Oriental” nos referimos a la cadena montañosa de aproximadamente 1350 kilómetros de longitud que se extiende desde el sur del río Bravo y corre paralela al Golfo de México.

La diferencia con los otros sustantivos nominales (que no son nombres propios), es que estos últimos contienen en sí un concepto general. Todo aquel que sepa el concepto que la palabra “árbol” encierra, será capaz de señalar a la entidad en cuestión cuando así se le pida.

Los nombres propios no llevan en sí ninguna suerte de descripción. Esto no ocurre con los sustantivos comunes. Mientras que de <árbol> podemos saber que es una planta perenne, de tallo leñoso, que se ramifica a cierta altura del suelo, de <Stephanie> no podemos dar una definición ni encerrar ninguna esencia bajo su etiqueta.

Los nombres propios no ponen de manifiesto ningún rasgo del objeto. Aunque se sepa que el objeto se llama Stephanie, nada se sabe acerca de sus propiedades; al contrario, si se sabe que el objeto se llama <árbol> sí se tiene noticia de cuáles son. Esto es gracias al *concepto* que es factible de ‘empalmarse’ con la grafía <árbol>. Resulta importante mencionar que la combinación de sonidos "árbol", de por sí, no dice cosa alguna acerca de las propiedades del objeto. Si quien pronuncia dicha palabra, o quien la oye, no la enlaza con determinado concepto, esta combinación de sonidos no conllevará, para él, significado alguno.

El que podamos referirnos a alguien específico mediante un nombre propio es por mera practicidad del lenguaje. Hay palabras que conllevan una serie de descripciones que hacen de ella la referencia a cierto individuo, pero el que algunas lo conlleven no implica que descripción y nombre sean una y la misma cosa.

Los nombres propios designan individuos. Los individuos poseen un conjunto de características, lo que podría equipararse al concepto, pero es distinto porque hay más de un individuo con el mismo nombre y con características esenciales diferentes, esencia que es inamovible en los sustantivos comunes. A “Stephanie” no podemos adjuntar un *concepto* que haga esencial las características para todo aquel que caiga en esa categoría, mas de “árbol” es posible.

Hasta aquí hemos hablado de nombres propios, no de palabras ‘comunes’ que denominan objetos. Si bien los nombres son palabras, los primeros tienen cierta peculiaridad: no hay un concepto que englobe lo que cada nombre propio busca designar. En los nombres propios el objetivo es movible, la referencia es cambiante, hecho que se mantiene menos movible al referirnos a objetos comunes cuya esencia sí es acaparable, contenible en un concepto.

Una vez que nos damos cuenta de que la descripción usada para fijar la referencia del nombre no es sinónima de éste, entonces puede considerarse que la teoría descriptivista presupone la noción de la referencialidad.

Tenemos entonces que la descripción no nos da el *significado* del nombre, y que sí es lo que *determina su referencia*, e.i., aunque la expresión ‘Aristóteles’ no es *sinónima* de ‘el hombre que tal y tal y tal y tal’, dicha descripción se utiliza para determinar a quién se refiere una persona cuando dice ‘Aristóteles’.

Ambos, tanto nombres propios como sustantivos comunes (que en adelante llamaremos simplemente <palabras>) requieren, al referir, información extra que reduzca las probabilidades de error, misma que será proporcionada por el contexto.

El haber revisado la propuesta de Russell en el terreno para aseverar que al contrario de los nombres propios que no expresan conceptos, las palabras sí lo hacen. Las palabras no son descripciones sino que tienen por convención una idea (ya hecha concepto) ligada a ellas. ¿Cómo es esto posible?

Capítulo 2. Palabras y conceptos.

Ya hemos dicho que los nombres propios no son descripciones definidas, lo que implica que la teoría de los nombres como descripciones propuesta en “sobre el denotar” queda insuficiente para dar cuenta de la unión entre cosas y palabras.

Algunas de las cosas llamadas definiciones realmente intentan fijar la referencia más que proporcionar el significado de una expresión, más que dar un sinónimo. Ej: se supone que pi (π) es la razón de la circunferencia de un círculo a su diámetro. Ahora bien, esto es algo para argumentar en cuyo favor no tengo más que un vago sentimiento intuitivo: me parece que la letra griega no se usa aquí como abreviatura de la frase “la razón de la circunferencia de un círculo a su diámetro”; tampoco se usa siquiera como abreviatura de un cúmulo de definiciones alternativas de π , sea lo que fuere que esto pudiera significar. Se usa como un *nombre* de un número real, el cual, en este caso, es necesariamente la razón de la circunferencia de un círculo a su diámetro.⁴⁰

El concepto de lo que es π no está contenido en el símbolo ni en el nombre “pi”. Entonces, ¿cómo es posible que ese nombre nos remita a su concepto correspondiente?

Parece que el concepto está unido a la palabra; desglosemos el razonamiento empezando por las palabras. Ya en el capítulo anterior se indagó si las palabras se habían dado por la semejanza con los sonidos que producían o si se habían heredado de los vocablos griegos y latinos (así como de los sajones y los de todas las lenguas matrices). Aunque es innegable que fue así como surgieron algunas palabras de las que nos servimos actualmente, queda latente la duda de cómo es que estos hombres antiguos supieron de qué manera nombrar a las primeras palabras. Así, cabrá aquí con justicia la pregunta “y esas primeras palabras, ¿de dónde salieron?”.

⁴⁰ Kripke, *Op. Cit.*, p. 62.

2.1 *Qué son las palabras*

Del lat. *parabōla* ‘comparación’, en lat. tardío ‘proverbio’, ‘parábola’, y este del gr. *παραβολή* *parabolé*. Es la unidad lingüística, dotada de significado, que se separa de las demás mediante pausas potenciales en la pronunciación y blancos en la escritura. Cada unidad léxica está constituida por un sonido o conjunto de sonidos articulados que tienen un significado fijo y una categoría gramatical.

Las palabras se forman de grafemas, unidades mínimas e indivisibles de la escritura de una lengua, como “s”, “t” o “a”. Un grafema es la representación gráfica de un fonema, usado en la tradición oral. Un fonema es la unidad fonológica mínima que resulta de la abstracción o descripción teórica de los sonidos de la lengua.

2.2 *El signo*

Además de su definición lingüística, las palabras son signos. J. H. Lambert escribe que el signo es "toda característica dada fácilmente a los sentidos por medio de la cual se da a conocer la existencia, la posibilidad, la realidad y otra propiedad de una cosa".

El hombre tiene de común con los demás animales la capacidad de asociar ciertas experiencias de las cosas en cuanto se producen sucesivamente. A la nube le sigue la lluvia; al fuego, las cenizas. Esta asociación le llevó a considerar *una cosa como signo de otra*. La nube hace pensar en la lluvia; el fuego, en las cenizas, se trata de signos naturales que se imponen por sí mismos. El hombre supera esta capacidad que le es común con los demás animales porque tiene poder de <inventar marcas o signos> que, luego, asocia voluntariamente con las cosas, del concepto de “marca” pasa Hobbes al de *signo artificial* que es el nombre⁴¹. ¿Cómo se realiza tal proceso? Una cosa física, tangible, escogida a capricho por una persona, puede servir a ésta para hacerle recordar otra realidad. Esta cosa física, tangible, que se utiliza de manera individual y privada para recordar otra realidad es una “marca”, un “signo artificial”. Se trata, pues, de una actividad mnemotécnica. Una “marca”, un “signo artificial” se convierte en nombre cuando cumple 3 condiciones: ser de naturaleza fónica, suscitar en la mente

⁴¹ Para nosotros *palabra*. *Cursivas* L.S.

pensamientos habidos anteriormente y ser admitida pública y socialmente como tal “marca” o “signo artificial” de dichos pensamientos. De este modo, el paralelismo ontológico–lingüístico de la gramática tradicional se restringe al ámbito sólo de la mente humana, al ámbito de las ideas.⁴²

Ockham considera el signo como aquello que siendo aprehendido puede hacer pensar en algo anteriormente conocido (como el efecto que se dice ser signo de la causa) y más específicamente como aquello que puede hacer pensar en algo. “De otro modo, se entiende el signo como aquello que lleva al conocimiento de otra cosa y se originó para suponer en lugar de ella o para añadirse a ella en una proposición.”⁴³

El signo es un indicio sugestivo que está asociado con la cosa designada en el momento de su percepción. Es el medio que nos remite a otra cosa o idea, aun cuando tal cosa o idea permanezca evidente o no.

Para Ferdinand de Saussure,

el signo es una <entidad psíquica> que tiene dos caras íntimamente unidas: una es la imagen acústica y otra es la del concepto. A veces se usa “signo” sólo para referirse a la imagen acústica, pero Saussure propone llamar al concepto <significado> y a la imagen acústica <significante>, reservando el nombre “signo” para designar el total.⁴⁴

Para fines prácticos es conveniente desglosar el término “signo” y trabajar las partes que Saussure sugiere unidas por separado; tomaremos al “significante” (la imagen acústica) como <palabra> y al “significado” como <concepto>. Esta distinción es pertinente pues por medio de las *palabras* representamos *conceptos* y *cosas*. La palabra es un medio gracias al cual el ser pensante concluye a una cosa significada.

¿Cómo es posible que al mencionar o percibir una palabra nos remitamos a una cosa que éste designa? ¿Dónde está la fina unión entre el designar y lo designado? ¿Es que se halla

⁴² T. Hobbes, *La naturaleza de la palabra*, citado por Muñiz, Op. Cit., Problemas ontológicos, p. 76.

⁴³ Muñoz García, Angel, "Guillermo de Ockham y su definición de signo. Divagaciones en torno al capítulo 1 de la *Summa Logicae*", Universidad de Zulia, Maracaibo Venezuela, *Revista Filosófica de Coimbra*, n° 17, 2000, p.125.

⁴⁴ Saussure, Ferdinand de, *Curso de lingüística general*, tr. Mauro Armiño, Ed. Fontamerra, México, pp. 97-99.

en la palabra una naturaleza transparente que devela al primer contacto lo que en ella yace? ¿O es en un segundo momento en el que se desenmascara lo que ‘contiene’? ¿Qué se necesita para saber las cosas de las que los signos son signos, si no es mediante los signos mismos?

Las palabras significan porque están enmarcadas dentro de un sistema estructurado que las hace significar

la palabra es una unidad de la lengua que posee, junto a la unidad de composición fonético y gramatical, un sistema único de significados interiormente concatenados, correlativo a todas las demás unidades significativas de la lengua dada.⁴⁵

Gracias a ese sistema único de significados, cada palabra nos hace referir, nos hace llegar a la cosa designada que está relacionada al interior de una lengua. “El nombre, pues, es una palabra breve, que se sustituye por aquello de quien se dice y que se toma en lugar del ser verdadero real al que remite o designa.”⁴⁶

Según Russell, “los únicos nombres que existen realmente en el lenguaje ordinario son, quizá, los demostrativos tales como ‘esto’ y ‘eso’.”⁴⁷. De aceptar esta tesis, aseveraríamos una falacia eminentemente insostenible, pues gracias al desarrollo milenario del lenguaje, hoy podemos comunicarnos sin la necesidad de recurrir a señalar los objetos acerca de los que hablamos.

Es probable que los primeros intentos de comunicación se hayan llevado a cabo señalando las cosas a las que se referían en el discurso; y fue aquí donde “esto” y “eso” tuvieron un auge importante. Este tipo de palabras son llamadas deícticos y su funcionalidad es dependiente del hablante y de la posición en que se encuentre en ese momento o de lo que se esté señalando explícitamente. Así, las palabras ‘yo’, ‘tu’, ‘mañana’, ‘ayer’, ‘este’, ‘aquel’, ‘allá’, ‘aquí’, etc., dependerán absolutamente del contexto donde y por quien sean emitidas.

⁴⁵ Boguslavski, *Op. Cit.*, p. 192.

⁴⁶ Muñiz, *Op.Cit.*, *Cuestiones semánticas*, p. 39.

⁴⁷ Kripke, *Op. Cit.*, p. 31.

Conforme se fue ampliando el conocimiento del mundo, también la necesidad de referirse a él; aunado a esto, se buscó la practicidad de hablar acerca de cosas que no estuvieran presentes al momento de la enunciación. Aquí tuvieron lugar las definiciones ostensivas, mismas que *refieren* el significado de un término señalando ejemplos del entorno. Estas definiciones se utilizan cuando hemos de transmitir la idea de cierto objeto que la palabra evoca. Cuando es una palabra nueva para el receptor y no hay necesidad de que un concepto funja como intermediario, basta con señalar a lo que nos referimos. Así, de acuerdo con el principio de aprendizaje por familiarización, el significado de una palabra se aprende cuando se conoce a la entidad a la que ésta sustituye.

La definición ostensiva explica el uso —el significado— de la palabra cuando ya está claro qué papel debe jugar en general la palabra en el lenguaje. Así cuando sé que otro me quiere explicar el nombre de un color, la explicación ostensiva «Esto se llama "sepia"», me ayudará a entender la palabra... Tiene uno que saber (o poder) ya algo para poder preguntar por la denominación ¿Pero qué tiene uno que saber?⁴⁸

En la mayoría de los casos basta con una vez hacer uso de la definición ostensiva para que el individuo *relacione* ahora a lo que cierta palabra se refiere: la “imagen acústica” con la “entidad”. Debido a ello y aunado a que en el mundo hay muchas más cosas que definir que apenas esos pocos deícticos, existen más palabras que simplemente ‘esto’ y ‘eso’. Dicha posibilidad está dada gracias a la memoria, que nos hace poder recordar y remitirnos cada que sea necesario, a las cosas mismas que son evocadas con las palabras aprendidas, dicho está, al interior de un sistema específico de lengua.

Si alguien pronuncia unas palabras las vincula a determinadas significaciones, es decir, si en su cerebro existe un reflejo de determinadas cosas de la naturaleza, y si los mismos reflejos no surgen en el cerebro del que escucha, los individuos en cuestión no podrían entenderse. Los hombres pueden comunicarse mediante el idioma tan sólo cuando vinculan a las palabras un determinado sentido y éste es, en general, el mismo para quienes lo hablan. Éste sentido de las palabras no puede ser más que el reflejo, en

⁴⁸ Wittgenstein, Ludwig, *Investigaciones filosóficas*, Trad. Alfonso Garcia Suarez Y Ulises Moulines, Ed. Altaya, España, 1999, §30.

la conciencia de quienes hablan y de quienes escuchan, de las cosas y de los fenómenos que se hallan fuera de la misma.⁴⁹

Así, los signos se amalgaman vinculando al sonido con los elementos conceptuales que corresponden a elementos reales de los que nos referimos en el discurso. Las palabras son signos de las cosas y de los conceptos. Las cosas están en lo real: en la naturaleza y en la creación humana. ¿Dónde están los conceptos?, ¿cómo es que se construyen?, ¿de qué están constituidos?

2.3 *El concepto*

Hemos dicho que las palabras nos remiten a determinadas entidades en la realidad; al emitir un sonido con sentido,

relacionamos un complejo fónico con un objeto de manera consciente. Si se nos dice, por ejemplo: “¡cierre la puerta!” o “¡abra la ventana!”, orientaremos consecuentemente nuestra acción hacia la puerta o hacia la ventana y no hacia otro objeto. Esto significa que a los complejos fónicos “puerta” y “ventana” asociamos determinadas ideas acerca de dichos objetos.⁵⁰

Para que haya efectividad en el mensaje, es necesario que el oyente comprenda las palabras pronunciadas por el hablante. Se necesita identificar los objetos de que se trate, según los determinados caracteres que se pronuncien, ¿cómo se logra? aplicando un determinado complejo fónico admitido por las personas que hablen el idioma dado, de acuerdo con un conjunto de fonemas en virtud de los cuales se diferencie lo ‘señalado’ de los demás objetos.⁵¹

⁴⁹ Boguslavski, *Op. Cit.*, p. 212.

⁵⁰ Gorski, *Op. Cit.*, p. 75.

⁵¹ O indicaciones, ya que ciertamente al hablar, no sólo nos referimos a los objetos mismos; hay sin fin de actos locucionarios que buscan ejecutar acciones por parte de terceros, así como expresar opiniones, promesas, negaciones, etc.

La palabra, para el hombre, resulta ser así un excitante condicional real, como todos los objetos de la realidad percibidos mediante los sentidos, y de igual manera que ellos, se refleja en la conciencia en forma de imagen sonora y/o visual.⁵²

Aunada a la palabra está nuestra <imagen mental> que proviene de un objeto de la realidad; eso es lo que nos permite “orientar nuestra atención” a un objeto específico cuando escuchamos determinado conglomerado de fonemas. Como señalamos anteriormente, se encuentra, también unido a la palabra, el *concepto*. Resulta importante señalar que *objeto*, *concepto*, *imagen mental (del objeto)* y *palabra* son diferentes, haciendo patente que aunque su constitución está estrechamente relacionada, no son de la misma naturaleza.

Revisemos lo que al concepto respecta:

Gadamer apunta que “el lenguaje es una forma simbólica mediante la cual se llega a forjar tal unidad interna de palabra y cosa que es preciso reconocer que toda comprensión está íntimamente penetrada por lo conceptual”.⁵³

Los conceptos están hechos de otros conceptos que a su vez usan palabras que posibilitan su existencia. El entramado del lenguaje hace que nos remitamos a otros conceptos para poder comprender y al tiempo, comunicar.

El concepto de la palabra <mula> es: “mamífero doméstico nacido del cruce de dos équidos, especialmente de caballo y burra o de yegua y burro”. Para entender esto, tenemos que tener el entendido del concepto que resguardan las palabras <mamífero>, <doméstico>, <nacido>, , <cruce>, etc.

Los conceptos son formas complejas, conjuntos de unión entre sonidos o grafías de muchas palabras que se forman a su vez de otros conceptos. Estos tratan de recuperar, mediante una definición general, la esencia de la cosa.

Al hablar, no hablamos acerca de las palabras mismas, (a menos que estemos interesados en ellas per se) sino de los *conceptos* que tras ellas “se ocultan” y de los *objetos* reales que con ellas se designan. Como no podemos hablar señalando siempre el referente, usamos la

⁵² Muñiz, *Op. Cit.*, *Problemas ontológicos*, p. 198.

⁵³ Gadamer, *Op. Cit.*, p. 485.

palabra como envoltura material del pensamiento; es ésta el medio de formación y existencia del concepto, e.i., el concepto es representado como palabra.

El concepto se presenta siempre en calidad de significado de alguna palabra o de algún grupo de palabras. Por otra parte, el significado de la palabra, siempre –de una u otra manera– contiene un concepto.⁵⁴

Si es que existe una descripción, como en *sobre el denotar* se requería, ésta está en el concepto. La palabra simplemente resguarda al concepto, lo hace factible de ser comunicado práctica y rápidamente.

Todas las palabras poseen significación, mediante la cual contribuyen necesariamente a fijar los conceptos, que son un reflejo generalizado y abstracto de la realidad. ¿En qué consiste el significado de una palabra concreta de un determinado idioma, conocido por quienes dominan dicho idioma? ¿En qué consiste el significado de una palabra gracias al cual los individuos utilizan la palabra dada al hablar, se comunican los pensamientos y se entienden?⁵⁵

Para desentrañar lo que *concepto* significa, tenemos que necesariamente prestar atención a las tres partes de las que consta, en la mayoría de los casos, su totalidad.

Un concepto tiene generalmente:

- 1) Un referente independiente de toda consciencia (totalidad concreta / cosa en sí).
- 2) Una idea que se produce en la consciencia subjetiva partiendo de la cosa en sí (totalidad abstracta).
- 3) Una palabra. Que contenga (a modo de receptáculo) una porción de lo que se sabe acerca del referente y de la idea que a ello conlleva. Su finalidad es la practicidad en la comunicación.

⁵⁴ Boguslavski, *Op. Cit.*, p. 219.

⁵⁵ *Ibid.*, p. 217.

Si bien “la universalidad del lenguaje pretende mantenerse a la altura de la razón, no a la altura de las cosas mismas”⁵⁶, es imperioso que haya cierto contenido en el comunicar y éste no se da sino en el mundo real. Las palabras son utilísimas para expresar lo que la razón aguarda, pero es fundamental comprender que lo que le da contenido a la razón es el mundo exterior; que el lenguaje parte de *algo* más que de las palabras mismas.

Cada palabra significativa es portadora de un valor léxico que constituye un concepto, el cual refleja los caracteres generales y diferenciales de los objetos designados por ella. El significado de la palabra, por tanto, es portador de caracteres *objetivos* (es decir, que no dependen de la actitud del hombre respecto al objeto).⁵⁷

El acto individual de experimentar una idea o significado cobra carácter de comunicación intersubjetiva en razón de que su contenido es algo común, un mismo objeto material, para los interlocutores. El lenguaje opera mediante palabras, las palabras operan mediante conceptos y los conceptos son abstracciones de la realidad. Siempre que se enuncia una palabra hay detrás la verdadera enunciación de un concepto o una cosa.

2.4 Entidades en la realidad. La totalidad concreta

Distingamos entre <real> y <realidad>. Diremos que lo *real* es la esencia misma de las cosas, es lo que es, y existe sin dependencia del ser humano. Es “lo que existe de manera general y objetiva, independientemente de la conciencia de las personas, en los objetos y procesos de la naturaleza y de la sociedad.”⁵⁸ La *realidad*, por su parte, es lo que se da en la experiencia humana, es modo de captación y conocimiento que parte de lo real.

Lo *real* se basa en la unidad de la esencia interna con las características accidentales de cada cosa y la *realidad* en el aspecto de lo que se ve o se sabe. Los conceptos, de ser el cómo nos aproximamos a lo real, serían entonces parte de la realidad. Las cosas materiales singulares (lo real), existen independientemente del hombre y existieron antes que los conceptos abstractos.

⁵⁶ Gadamer, *Op. Cit.*, p. 482.

⁵⁷ Gorski, *Op. Cit.*, p. 87.

⁵⁸ *Ibid.*, p. 99.

Las ideas parten de lo real, de las cosas mismas y es el intelecto quien capta su ser, adaptándose así, a las leyes de lo natural. El pensamiento se adecua a lo real, no al revés. El hierro siempre al calor es blando; no todo objeto que ose desobedecer el mandato que alguien le imponga de mantenerse flotando será castigado cayendo al suelo, caerá porque hay leyes objetivas reales que sobrepasan los designios humanos. Por lo tanto, “cualquier pensamiento que surja en la mente del hombre, tanto por su contenido como por su forma, no es más que un reflejo del mundo material.”⁵⁹

Sóc. - Luego las acciones se realizan conforme a su propia naturaleza y no conforme a nuestra opinión. Por ejemplo: si intentamos cortar uno de los seres, ¿acaso habremos de cortar cada cosa tal como queramos y con el instrumento que queramos? ¿O si deseamos cortar cada cosa conforme a la naturaleza del cortar y ser cortado y con el instrumento que le es natural, cortaremos con éxito y lo haremos rectamente, y, por el contrario, si lo hacemos contra la naturaleza, fracasaremos y no conseguiremos nada?

Herm. -Creo que de esta forma. Sóc. -¿Por ende, si también intentamos quemar algo, habrá que quemarlo no conforme a cualquier opinión, sino conforme a la correcta? ¿Y ésta es como cada cosa tiene que ser quemada y quemar y con el instrumento apropiado por naturaleza?

-Sócrates.- [...] no cabe la menor duda de que las cosas tienen en sí mismas una esencia fija y estable; no existen con relación a nosotros, no dependen de nosotros, no varían a placer de nuestra manera de ver, sino que existen en sí mismos, según la esencia que les es natural. [538 a-c]

Si, luego de la experimentación podemos decir que las cosas tienen propiedades, es porque realmente las tienen. Dichas propiedades no es algo que el humano haya inventado simplemente deseando que las cosas las tengan, son propiedades que los hombres vemos, no inventamos.

Tal como indica el materialismo dialéctico, el contenido del pensamiento viene determinado por la realidad, que tiene existencia objetiva. La forma del pensamiento es

⁵⁹ *Ibid.*, p. 68.

la organización del reflejo en cuya base se encuentran diferentes objetos y propiedades en la realidad reflejada: objetos, procesos, cualidad, cantidad, extensión, tiempo, espacio, etc.⁶⁰

La realidad de, por ejemplo, un libro, está constituida por sus características esenciales y por cómo se aproxima alguien a ello. El concepto general de libro dice que es un conjunto de muchas hojas de papel, pergamino, vitela, etc., manuscritas o impresas, unidas por uno de sus lados y normalmente encuadernadas que forman un solo volumen. Para quien sea editor será su trabajo constante, para un escritor empedernido quizá su sentido de vida; para alguno puede ser un compendio de matemáticas o una invaluable obra literaria; motivo de guerra y discusión; para alguien más puede ser lo que calza una mesa chueca en un café y ni hablar de que cada hoja bien puede ser lo que alimenta el fuego de la estufa para prender hornillas contiguas.

El que se pueda usar el libro para calzar la mesa o las hojas para “transportar” fuego es porque la esencia del mismo es que es sólido e inflamable. La constitución interna del libro será objetiva; para lo que se use, dependerá de cómo se acerque cada uno a él: la perspectiva desde la que el sujeto aborde el objeto hará que se tengan más cualidades pertenecientes a la realidad, siempre y cuando se compruebe en la práctica que así es como opera la naturaleza de dicho objeto. La opinión respecto ese objeto puede variar dependiendo de quien lo juzgue, pero no así lo que el libro es.

Hay un mundo material, sensible y mutable del que se deriva todo conocimiento y opinión. La naturaleza y las cosas no cambian su esencia ni estructura interna dependiendo de lo que se opinen o piense acerca de ellas. A lo que aspira el humano es a comprender cómo funcionan y están constituidas las cosas de lo real, para poder ‘transitar’ en el mundo. La manera como obtenemos la información acerca de lo que las cosas son, es partiendo de la práctica, hasta la abstracción.

⁶⁰ E. M. Galkina - Fedoruk, “La forma y el contenido en el lenguaje. Correlación entre contenido y forma” en *Pensamiento y lenguaje*, Ed. Grijalbo, México, 1961, p. 315.

2.5 Abstracción, esencia

Las ideas que concebimos a partir de lo real son abstracciones que hacemos los hombres con el fin de entender la naturaleza y poder transformarla. Los procesos de abstracción y de formación de conceptos, se hayan indisolublemente ligados a las propiedades de los objetos y las relaciones entre los mismos. En el proceso de pensar son separados.

“Algo mucho más complicado [...] y que crea grandes problemas adicionales, es la cuestión de si podemos decir de algún particular que tiene propiedades necesarias o contingentes”⁶¹. De ser así, ¿cómo es posible?, ¿cómo se obtienen dichas características esenciales?

Para establecer un concepto, es necesario haber pasado por un proceso de investigación y discriminación de información; cuando se han quitado las características accidentales de alguna cosa mediante la abstracción del pensamiento, queda lo que resulta esencial a dicho fenómeno.

La esencia es el conjunto de características permanentes e invariables que determinan a un ser o una cosa y sin las cuales no sería lo que es. Si quitásemos lo accidental de las cosas, lo que queda es la esencia. Es sabido que no podemos “despojar” a los entes singulares de sus accidentes en la realidad sin cambiar su constitución: “[...] esta mesa es de madera, es marrón, está en la habitación, etcétera. Tiene todas estas propiedades y no es una cosa sin propiedades detrás de ellas”⁶², pero podemos, mediante la acción del pensamiento, separar lo que es inmutable, lo que necesariamente tiene que estar aunado a la cosa para que sea lo que es. Así, basándonos en la experiencia partiendo de la percepción (no necesariamente orientada a la mera corporalidad), podemos abstraer en la mente aquello de lo que la cosa participa y que le es esencial.

El pensamiento radica en su carácter generalizado y mediato. Al separar las propiedades generales de ciertos objetos y grupos de objetos, al descubrir las relaciones generales que concatenan, ponemos de manifiesto sus rasgos esenciales, los lazos que

⁶¹ Kripke, *Op. Cit.*, p. 43.

⁶² *Ídem*.

se dan entre ellos con carácter necesario y sujetos a determinadas leyes. La extracción de lo general en los fenómenos de la realidad es un proceso de formación de los correspondientes conceptos.⁶³

Los conceptos buscan referirse a lo general: partiendo de la singularidad, no hablamos de un único objeto, sino la generalización de todos, de sus características inmutables, esenciales. Luego de haber abstraído lo que es esencial, generamos un concepto que abarque la porción de realidad del objeto a estudiar teniendo en cuenta la disciplina que lo estudie o la perspectiva que lo aborde. No será lo mismo el concepto de <hombre⁶⁴> desde la perspectiva de un biólogo que de la de un psicólogo, politólogo, escultor, antropólogo, etc.

Sin embargo, todo lo que cada uno desde su trinchera alcance a comprender y desentrañar, pertenecerá (si es que así lo comprueba la práctica) a lo que *hombre* es en el fondo. En el concepto, según la disciplina, se verá desde dónde se está parcializando la realidad.

Aquí bien pudiera objetarse el ínfimo asidero a la objetividad y que cada quien pudiera encontrar como esencial algo que a su parecer lo sea. Contra esta arbitrariedad, se sugiere regresar a las cosas y al único criterio de comprobación que es la *práctica*.

La relación se da entre propiedades concretas (tanto esenciales como accidentales) porque cabe señalar que el concepto que de ellas se establece; con base en estas propiedades recurrentes se efectúa la clasificación, que, aun cuando admite y da cabida a la arbitrariedad, tiene como caso principal la clasificación que obedece a la naturalidad, que se basa en el concepto correspondiente a una naturaleza o esencia concretizada (las propiedades esenciales concretas **en** las cosas).⁶⁵

Los conceptos, las categorías son, por consiguiente, el resultado de la actividad abstrayente y generalizadora del hombre, son el resultado de la trayectoria del pensamiento que va de lo concreto a lo abstracto. Es como si en esos conceptos y categorías, las propiedades concretas de los objetos singulares se fundieran en lo que es

⁶³ Gorski, *Op. Cit.*, p. 89.

⁶⁴ Resulta pertinente señalar que <"hombre"> es el signo, una palabra, un conjunto de grafías a las que se le añade el concepto. Es del concepto de lo que aquí se habla.

⁶⁵ Beuchot, Mauricio, *El problema de los universales*, UNAM, México, 1981, p. 493.

común, esencial e inherente a todos ellos, en lo que constituye el fundamento, la esencia de su ser.⁶⁶

Una vez dicho que los conceptos pretenden contener la esencia de las cosas, diremos que dichas esencias se obtienen mediante abstracciones. Esas abstracciones son los universales, “[...] que son ciertos extractos que el hombre abstrae de las cosas singulares. Es una porción de la realidad no material, sino mental que parte de la realidad pero yace en la mente de los hombres como generalidad.”⁶⁷

2.6 Los Universales

Lo universal se refiere a una totalidad plural de objetos, con lo cual lo universal se opone a lo particular. De este modo, los universales son llamados también nociones genéricas, ideas y entidades abstractas que se contraponen a los particulares o entidades concretas.

¿Cómo es que se puede oponer algo a *lo concreto*? Deberíamos aceptar que al oponerse, aquello sería necesariamente una idea. Los universales serían entonces ideas. Y si son ideas, ¿subsisten en algún mundo o son meros conceptos en la mente? ¿Es el universal sólo un pensamiento, una creación del sujeto? ¿Serán meros conceptos? ¿Acaso son expresiones discursivas de la realidad misma y/o de aspectos determinados de ella?

2.6.1 Realismo extremo

En la filosofía medieval esta lucha se manifestaba en las disputas entre los llamados realistas extremos, nominalistas y realistas moderados. Para el *realismo extremo* la concepción de los universales consiste en la aceptación de identidades independientes de los individuos, a esta postura también se le conoce como “platonismo”. Los universales tenían una existencia independiente del mundo material. Son entidades suprasensibles de

⁶⁶ Rosental, M.M. y Straks, G. M., *Categorías del materialismo dialéctico*, Tr. directa del ruso por Adolfo Sánchez Vázquez y Wenceslao Roces., Ed. Grijalbo, México, 1960, p. 3.

⁶⁷ Gorski, *Op. Cit.*, p. 87.

las que los particulares participan. Existe –en el hiperuranio– el universal de belleza y hay en el mundo entidades que participan de ese universal. Como es innegable que existan entes materiales, individuales y sensibles, Platón explica que *son* por imitar a la Idea. Dicha idea es la determinación esencial que hace a las cosas ser lo que son; así lo universal, lo ideal, tenía supremacía sobre lo particular. Las cosas eran copias del verdadero ser y así es como estas singularidades se explicaban.

(...) Para Platón, las ideas llegan a adquirir un significado ontológico o metafísico: no son entidades mentales, sino entidades reales, más reales aun que las sensibles, pues que de ellas dependen. Son las formas generales de las cosas pero hipostasiadas, de modo que subsisten por sí mismas, separadas de las cosas sensibles, y aun con superioridad ontológica y gnoseológica sobre ellas.⁶⁸

Si lo inmutable no se advertía en el mundo sensible, se encontraría en otro, a un nivel no físico donde incluso lo inmortal, lo incorruptible y lo permanente pudieran existir.

Esta hipótesis quedó superada por una parte por que deberían haber tantas ideas como cosas o de no ser así, aceptar que una misma cosa es imagen de varias ideas a la vez, lo que haría de la idea algo no tan perfecto, ya que necesitaría de terceros. Por otra parte, no halla Platón explicación a cómo es que existen cosas abyectas en el mundo; estas ¿serían también copia de las ideas perfectas?

Contra la anterior concepción idealista surgió el *nominalismo*, consistente en aceptar sólo entidades individuales, siendo el universal un mero nombre.

2.6.2 *Nominalismo*

Esta doctrina se caracteriza por negar la existencia de los universales independientemente de los humanos que los piensen; no están ni en el *Topus Uranos* ni en este mundo; son considerados únicamente como nombres o términos y carecen de realidad esencial, ya que sólo los objetos individuales tienen una existencia real. Los universales como “animal”, “nación”, “belleza”, “círculo”, se consideran meros nombres, de ahí el término

⁶⁸ Beuchot, *Op. Cit.*, p. 32.

nominalismo. Por ejemplo, el nombre “círculo” se aplica a cosas que son redondas y por lo tanto tienen una denominación general, pero ninguna identidad concreta con una esencia separada de redondez existe correspondiente a tal nombre.

Al contrario que los realistas extremos, los nominalistas sostenían que el concepto general es sólo la expresión, el nombre con que se designa a las cosas singulares. Únicamente existe lo singular; lo universal, es el nombre que no refleja ninguna de las propiedades generales inherentes a ellas, sino lo que la capacidad humana une de lo que cree que son las cosas. Según esta postura, si hay esencias, es porque las configuramos en forma de predicados, son entidades configuradas por el pensamiento.

Lo positivo de esta concepción es que pregona que los universales no son entidades incorpóreas que de manera misteriosa andan flotando en algún lugar del Topus Uranos. Los nominalistas tratan de salvarse de reflexiones que los lleven a divagar hasta el mundo de las ideas, y por ello afirman que el conocimiento sensorial es el más confiable, alejado de las trampas de la razón.

“Lo propio del nominalismo –en contra del realismo– es sostener que el universal es una vox, un signo de la cosa. Y esto es justamente la postura de Ockham, empeñado en negar las esencias o naturalezas, que implican una cierta identificación entre lo universal y lo individual.”⁶⁹

Ockham niega que el universal sea algo independiente de la mente; defiende que ninguna cosa fuera de la mente es universal. Y si se le preguntara dónde yace entonces, el universal, presto respondería que como el término designa solamente algo pensado, éste existe sólo en el alma y siendo un signo, el universal no está más que en la palabra, en los conceptos como producto de la razón; serían únicamente nombres que unificarán las propiedades de los objetos percibidas por los sentidos.

Es loable que se pronunciara contra el idealismo desmedido, pero si siguiésemos con esa línea de pensamiento, podríamos caer en el grave error de dejar la ontología en manos de la epistemología y, peor, tomarla por una y la misma cosa.

⁶⁹ *Ibid.*, p. 152.

2.6.2.1 *El problema con el nominalismo*

El problema de que el estatuto ontológico de los conceptos no tenga fundamento en las naturalezas o esencias, sino que sólo estén éstos agrupando individuos deriva en que todo el aparato, no sólo del conocimiento, sino también el de la existencia de las cosas se vea apoyado y construido a partir del sujeto.

Al igual que Ockham, Locke parece no aceptar las esencias. Podemos fácilmente ubicar a John Locke en la línea nominalista, ya que, como buen fundador de las ciencias experimentales en la época moderna, afirmaba: “todo nuestro conocimiento se contiene en la experiencia y se deriva, en última instancia, de ella”⁷⁰, que sin sensaciones, sin percepción, no pude haber conocimiento de los objetos. La percepción, decía Locke, es el punto de partida del conocimiento⁷¹.

Nuestro conocimiento se refiere a nuestras ideas. Puesto que la mente, en todos sus pensamientos y razonamientos, no tiene ningún otro objeto inmediato que no sean sus propias ideas, las cuales sólo ella contempla o puede contemplar, es evidente que nuestro conocimiento se ocupa únicamente de esas ideas.⁷²

Esto es peligroso porque aunque parece reconocer el mundo externo a partir de los entes singulares, su pensamiento podría derivar en una sutil negación de la existencia objetiva del mismo. Al negar la existencia de ideas generales y abstractas, afirmando que sólo existen ideas particulares, expresadas mediante nombres comunes, la corriente empirista reduce el concepto o la idea a ser una imagen sensible, siempre individual y “la esencia o sustancia queda reducida a mera estructura física”⁷³

Siguiendo a Locke, Berkeley dio pie a la concepción acabada de idealismo subjetivo bajo el estandarte de un furibundo adversario de ‘las ideas abstractas’. Berkeley sin duda se apoyó en Locke en cuanto que hay objetos singulares pues nuestros sentidos perciben lo singular;

⁷⁰ Locke, *Op. Cit.*, pp. 7-9.

⁷¹ No de la existencia. Es aquí donde Berkeley comete un pequeño pero importante equívoco al sostener que ‘ser es ser percibido’.

⁷² Locke, *Op. Cit.*, p. 523.

⁷³ Muñiz, *Op. Cit., Problemas ontológicos*, p. 129.

por consiguiente, lo singular existe, pero la existencia de esos singulares sólo es posible en tanto que hay un sujeto que los percibe.

Así por ejemplo, esta mesa en que escribo, digo que *existe, esto es, que la veo y la siento*; y si yo estuviera fuera de mi estudio, diría también que ella existía, significando con ello que si yo estuviera en mi estudio, podría percibirla de nuevo, o que otra mente que estuviera allí presente la podría percibir realmente.⁷⁴

La vuelta de tuerca que echa por la borda los esfuerzos del empirismo es que, al transformarse en idealismo subjetivo, la existencia depende de un sujeto.

Para mí resulta ventajoso estribar mi argumentación en esta convicción individual: si alguien es capaz de concebir tan sólo una sustancia extensa y móvil, o en general, cualquier idea o cosa semejante a una idea, con existencia independiente de la mente que la percibe, me declaro vencido y abandono el campo.⁷⁵

Debido a que para Berkeley todo es representación, es decir, no existen cosas con independencia del espíritu que las percibe, no existe confusión ni diferencia entre el *ser* y el *ser percibido*. La concepción de “idea” es aquí usada en ambos sentidos. “(...) si todo lo que existe es, en última instancia, idea, el ser de las cosas consiste en ser percibidas”⁷⁶.

Aquí detecto tres inconvenientes: el primero consiste en que, al ser objeto y sensación una y la misma cosa, el problema del conocimiento estaría resuelto de una vez y para siempre; segundo, se niega que el pensamiento humano pueda llegar a concebir la idealización de las cosas concretas, que pueda haber “imágenes” en la mente derivadas de la realidad objetiva y tercero, la negación de la existencia de todo aquello en el mundo que no podemos percibir sensualmente.⁷⁷

Este idealismo, entendido como la corriente filosófica que niega la existencia de cosas independientes de la conciencia, consiste en llevar a términos absolutos el papel que

⁷⁴ Berkeley, George, *Principios del conocimiento humano*, Ed. Biblioteca de los grandes pensadores, Barcelona, 2002, p. 48. Cursivas LS.

⁷⁵ *Ibid.*, p. 59.

⁷⁶ *Ibid.*, p. 10.

⁷⁷ Es en este punto donde se deriva la premisa de que el problema radica puramente en el sujeto, punto importante de inflexión que modificará significativamente las cavilaciones subsecuentes al respecto del conocimiento de las cosas, cuestión que retomaremos en el siguiente capítulo.

desempeña la percepción, y en subestimar el papel del pensamiento abstracto. “Lo existente siempre será individual (con sus propiedades esenciales y accidentales constituyéndolo como un todo), y deberá ser conocido como individual”⁷⁸. Al negar la abstracción, excluye la realidad de las naturalezas y propiedades como universales. Este es el momento culmen de la reflexión a través de la cual llegamos al punto donde se pierde de vista que hay una realidad independiente de todo sujeto y/o mente percipiente⁷⁹.

Locke estaba en lo cierto al sostener que lo individual es real, pero se equivocaba profundamente al deducir de esta premisa verdadera la conclusión falsa de que lo universal es solamente un nombre. Entonces, dicho que los universales no están en el mundo de las ideas, pero tampoco están en el sujeto, como palabra y forma de clasificación, ¿dónde están?

“Es ineludible que lo universal no tiene, no puede tener una existencia concreta, sensible, como la del objeto singular. Nadie ha visto, en efecto, al ‘hombre en general’, sencillamente porque no existe; pero ello no quiere decir, en modo alguno, que el concepto de ‘hombre en general’ sea sólo una palabra, un concepto con el cual pueden los hombres comunicarse, tras lo cual no existe algo dotado de realidad objetiva.”⁸⁰

Esta realidad objetiva la constituyen las cualidades generales, comunes a todos los hombres. Si lo universal no existiera realmente, el concepto de, en este caso, “hombre” no saldría ni podría salir de ninguna parte.

2.6.3 El realismo moderado

Para la corriente realista moderada, que es a la que me adhiero, es válido postular los universales como entidades mentales, pero sólo si estas entidades corresponden a propiedades inherentes en las cosas.

⁷⁸ Epicuro, *Carta a Herodoto*, citado por Beuchot, *Op. Cit.*, p. 48.

⁷⁹ Español, *Parapsicología*. Término que designa a la persona sensitiva que "percibe" los impulsos extrasensoriales y puede producir fenómenos de videncia en general.

⁸⁰ Rosental y Straks, *Op. Cit.*, p. 17.

Lo que existe son los entes individuales, concretos y sensibles, pero a partir de ellos, por abstracción, se obtiene la forma universal que es el contenido del concepto y, en cuanto tal, existe en muchos y se predica de muchos. El individuo es objeto de la experiencia sensible y el universal es objeto de intelección científica a partir de lo empírico. El universal se hace posible la predicación, pues se puede atribuir a muchos [objetos].⁸¹

La naturaleza, lo real, es la causa material que sustenta la esencia de las cosas. Aunado a ello, es el sujeto donde los universales encuentran el soporte que los posibilita para subsistir y tener así consistencia óptica. Se admite que hay objetos materiales, pero no se reduce a ello la cadena de los razonamientos, sino que se acepta igualmente que existe la conciencia en las mentes humanas para abstraer dichas esencias y así, llegar al universal. Esta postura se diferencia del nominalismo en que sí acepta la existencia de las esencias como inmersas en las cosas y no son sólo una relación de razón.

Estos conceptos abstractos que son los universales no existen independientemente de su sustento material singular. Si bien se dan como abstracción en la mente humana, no es posible su existencia sin el debido y mencionado sustento previo material/concreto. “La ‘esencia’ o ‘naturaleza’ de la cosa, que es algo común a muchos individuos, y, sin embargo, sólo existe en cada uno de ellos, y no independientemente de ellos.”⁸²

Si bien hablamos de abstracciones mentales, los referentes últimos de las palabras son entes individuales y son sobre los cuales se ejerce nuestra capacidad de universalizar. Es imposible que en nuestro plano material exista un universal. Éstos se dan en las cosas única y exclusivamente con ciertas cualidades contingentes. Sin estas propiedades contingentes, la cosa simplemente no aparecería en algún otro lugar más que en la mente.

Pero la naturaleza, según que está en las cosas, no es universal sino en potencia, pues se encuentra multiplicada, distribuida y singularizada en ellas. (...) Esto se ve en el hecho de que los sentidos nos manifiestan cosas individuales; pero la inteligencia, abstrayendo de las condiciones de individualidad (que proceden de la materialidad, y son el aquí y el ahora) conoce lo que hay de universal en ellas: la

⁸¹ Beuchot, *Op. Cit.*, p. 53.

⁸² *Ibid.*, p. 198.

naturaleza, que se hace, pues, universal y predicable gracias a la acción del intelecto.⁸³

En su ser intramental, el universal ya no consiste en exactamente la misma naturaleza de donde proviene, sino de una semejanza que recoge el intelecto. Por lo tanto, lo universal no es, como sugerían los nominalistas, algo que conjuntando semejanzas, sólo exista dentro de la mente. Es algo que tiene referencia en muchos individuos a lo cual se llega por medio de la abstracción.

⁸³ *Ibid.*, p. 203.

Capítulo 3

3.1 Lenguaje lógicamente perfecto

Al asumir que los objetos singulares existían, quedaba pendiente la cuestión de llegar a conocerlos como eran según su naturaleza esencial. Para ello, la filosofía anglosajona de principios del siglo XX empleó el análisis del lenguaje, justificando tal acción dada la importancia de éste al transmitir el conocimiento, pero con la variación de que fuera un lenguaje que careciera de las ambigüedades comunes del lenguaje natural. Un lenguaje de este tipo sería, según creían, totalmente unívoco y mostraría de un sólo vistazo la estructura lógica de los hechos afirmados o negados. Para ello, se ocuparon de las condiciones que se requieren para conseguir un asidero lógicamente perfecto y así evitar confusiones sintácticas, pues aseguraban que sus fórmulas poseían una estructura que fuera fácil de entender.

Dado que lo común entre realidad y lenguaje es la *forma lógica*, queda en todo momento expedito el camino para la construcción de un lenguaje ideal lógico perfecto que plasme especularmente nuestra visión de realidad. En definitiva, da igual captar la realidad en sí que captarla a través de su espejo, del lugar donde refleja nítidamente: el lenguaje.”⁸⁴

Fue importante plantear la vieja concepción especular del lenguaje en el primer capítulo para que tuviéramos el antecedente histórico de dónde surgió el planteamiento que aún siglos después siguió inquietando a algunos filósofos. El tema resulta actual gracias a que ahora esta idea se vislumbra renovada entre las aportaciones de Wittgenstein.

Wittgenstein, apoyado por Russell, hace un análisis de la estructura del lenguaje y desarrolla la hipótesis de que éste constituye una vía válida para la comprensión de la realidad. “El *Tractatus Logico-Philosophicus* del profesor Wittgenstein intenta, consígallo o no, llegar a la verdad última en las materias de que trata [...]. Partiendo de los principios del simbolismo y de las relaciones necesarias entre las palabras y las cosas en cualquier

⁸⁴ Muñiz, *Op. Cit. Problemas ontológicos*, p.130.

lenguaje.”⁸⁵ Es de aquí donde Wittgenstein intenta establecer la correspondencia de la oración con su significado. “Si la proposición elemental es verdadera, el estado de cosas se da efectivamente; si la proposición elemental es falsa, el estado de cosas no se da efectivamente.” [*Tractatus*, 4.25]

Perhaps the basic doctrine in the philosophy of the *Tractatus* is that a proposition is a picture of the facts which it asserts. A map clearly conveys information, correct or incorrect; and when the information is correct, this is because there is a similarity of structure between the map and the region concerned. Wittgenstein held that the same is true of the linguistic assertions of a fact. He said, for example, that, if you use the symbol ‘*aRb*’ to represent the fact that *a* has the relation *R* to *b*, your symbol is able to do so because it establishes a relation between ‘*a*’ and ‘*b*’ which represents the relation between *a* and *b*. This doctrine went with an emphasis upon the importance of structure. He says, for example, ‘The gramophone record, the musical thought, the score, the waves of sound, all stand to one another in that pictorial internal relation, which holds between language and world. To all of them the logical structure is common.’⁸⁶

Para lograr hacer una relación de espejo del lenguaje con el mundo, echaría mano de la figura lógica, que sería modelo de la realidad, donde al ser tal, se podrían sustituir con certeza todos los elementos que en ella hubiera. Wittgenstein explica:

La proposición nos comunica un estado de cosas; tiene, pues, que estar esencialmente conectada con el estado de cosas. Y la conexión es, precisamente, que ella es su figura lógica.

La proposición sólo dice algo en la medida en que es una figura. [*Tractatus*, 4.03]

Se nota la influencia de Russell en las ideas de Wittgenstein, dado que el primero buscó el modo de hacer que las palabras de cada proposición correspondieran una a cada uno de los componentes del hecho con el que, se supone, guardaban relación. Todas las oraciones complejas de este lenguaje serían expresadas por una combinación de palabras y serían

⁸⁵ Introducción de B. Russell al *Tractatus Logico-Philosophicus*, Ed. Alianza, p. 135.

⁸⁶ Russell, Bertrand, “The Impact of Wittgenstein” in *My Philosophical Development*, Ruskin House, Great Britain, 1959, p. 113.

factibles de descomponerse hasta tener palabras simples, mismas que se apegarían a la estructura de los objetos de la realidad.

La consecución de un lenguaje ideal perfecto, liberado de la ambigüedad y las paradojas del lenguaje común u ordinario, debería hacerse, según lo expuesto, descubriendo <la forma lógica> de las proposiciones. Y será este descubrimiento el que conduzca a Russell a una visión ontológica de la realidad, haciendo así patente la concepción especular del lenguaje: en las categorías lógicas de éste se refleja el mundo. El lenguaje ideal perfecto lo describió sucintamente nuestro pensador británico de este modo: “En el lenguaje ideal –lógicamente perfecto– se dará siempre una identidad fundamental de estructura ente el hecho y su símbolo. Es decir, siempre habrá una palabra y nada más que una palabra para cada objeto simple, y todo lo que no sea simple será expresado mediante una combinación de palabras, derivada por supuesto de las palabras que se aplican a las cosas simples que lo compongan; una palabra para cada componente simple. Un lenguaje de este tipo será totalmente analítico y mostrará de un solo vistazo la estructura lógica de los hechos afirmados o negados. Los lenguajes reales no pueden tener esa capacidad lógica perfecta, si han de servir para los propósitos de la vida ordinaria”.⁸⁷

Al haber una sola palabra para cada objeto simple, se pretende captar su realidad teniendo la misma estructura; son su figura, son representaciones que tienen la misma forma que lo representado. Al tener nombres “bien puestos”, la filosofía podría mostrar una estructura que hiciera clara la correspondencia de la realidad con las palabras.

El presente trabajo intenta exponer una posición alternativa a esta concepción especular del lenguaje con base en la asunción de que una reconstrucción de la lógica de nuestro lenguaje es una posibilidad entre otras de nuestro lenguaje natural y no una purificación de este último, el cual depende de la contingencia y de la convención.

⁸⁷ Muñiz, *Op. Cit., Problemas ontológicos*, p. 115-116, citando a Russell en “Philosophy of Logical Atomism” en *Logic and Knowledge*, Londres, G. Allen and Unwin, 1956, 197 y 198; existe versión castellana con el título *Lógica y conocimiento*, Madrid, Taurus, 1960.

Russell en su *Investigación sobre el significado de la verdad*⁸⁸ se adhiere de un modo decidido a la teoría de correspondencia de la verdad, según la cual la verdad de las proposiciones básicas depende de su relación con algún fenómeno y la verdad de otras proposiciones depende de sus relaciones sintácticas con las proposiciones básicas, por lo que las proposiciones que no puedan ser reducidas de un modo oportuno a la experiencia no son verdaderas ni falsas, ya que “en la proposición tiene que poder distinguirse exactamente lo mismo que en el estado de cosas que representa.” [*Tractatus* 4.04]

En esta teoría, la estructura de la realidad y nuestro conocimiento de ella serán según la estructura lógica del lenguaje y su significado.

Los gramáticos- filósofos antiguos explicaron de distinta manera la lengua y su naturaleza. Unos creían que las cosas se designan con nombres que corresponden a su naturaleza. Los partidarios de esta teoría concebían la cosa como un complejo íntegro, como una unidad del mundo concreto, con la cual se halla indisolublemente ligada su denominación, condicionada por la misma cosa de la que forma –creían– parte indisoluble. La diferencia entre los nombres era tenida por diferencia entre las cosas, debido a la naturaleza de estas mismas cosas. La estructura de la palabra correspondía a la estructura del propio objeto. El átomo tenía su correlación en la letra; la combinación de átomos, en la combinación de letras formando palabras. Así surgió la teoría atomista de la lengua.⁸⁹

3.2 *Concepción matemática*

Siguiendo con la idea de que los lenguajes reales no pueden tener esta capacidad lógica perfecta, si han de servir para los propósitos de la vida ordinaria, se dispuso que las matemáticas eran más exactas a la hora de afianzar los razonamientos, pues no dependían de lo que los individuos pusieran en ellas, y de esta manera, nos libraríamos de las ambigüedades del lenguaje.

⁸⁸ Russell, Bertrand, *Investigación sobre el significado de la verdad*, Ed. Losada, Buenos Aires, 2003, pp. 341-342.

⁸⁹ Galkina - Fedoruk, *Op. Cit.*, p. 317.

Esta iniciativa por hacer cada vez más matemático el acercamiento del lenguaje surgió en la pretensión de hacer que la realidad se reflejara con precisión en éste. Se ostenta cierto científicismo para conocer la realidad, resaltando la importancia de la comprobación científica, misma que se pretende aplicar a los conceptos filosóficos para, mediante el análisis lógico del lenguaje, llegar a las certezas que se están buscando.

Y volvemos a las ideas que en el atomismo lógico se detentaron respecto de “si los términos están unidos correspondientemente a como lo están los objetos de la realidad, la oración es verdadera; si no, es falsa”⁹⁰ y de que “El sentido de la proposición es su coincidencia y no coincidencia con las posibilidades del darse y no darse efectivos de los estados de cosas.” [*Tractatus*, 4.2].

El interés de Russell y Wittgenstein por el análisis lingüístico tenía dos aspectos. Por un lado, tiene una motivación lógico-matemática, pues ese análisis podría contribuir a resolver problemas de fundamentación de las ciencias formales. Por otro, una motivación filosófica puesto que según Russell, edificios enteros de conocimiento están basados en un análisis lógico gramatical deficiente. El análisis correcto del lenguaje tendrá pues un doble efecto: aclarará los fundamentos lógicos de la matemática y conducirá a una teoría ontológica adecuada.

Sólo el simbolismo matemático estaría en condiciones de hacer posible una superación fundamental de la contingencia de las lenguas históricas y de la indeterminación de sus conceptos: a partir del arte combinatorio de un sistema de signos de este tipo podrían ganarse verdades nuevas dotadas de certeza matemática (esta era la idea de Leibniz), pues el ordo reproducido por un sistema de signos de esta clase tendría algún correlato en las lenguas.⁹¹

De manera análoga a como un cálculo lógico posee signos con los que se construyen sus fórmulas y reglas sintácticas, Russell pretende sustituir dichos signos por *palabras*, una para cada objeto simple y añadir la sintaxis de la lógica formal. La tarea del filósofo semantista consiste en buscar definiciones exactas y adecuadas de los conceptos semánticos ordinarios y de otros nuevos a fin de elaborar una teoría basada en dichas definiciones.

⁹⁰ Galkina - Fedoruk, *Op. Cit.*, pp. 360-361.

⁹¹ Gadamer, *Op. Cit.* p. 499.

“Según esta visión de las cosas, como ya se indicó al exponer la concepción del lenguaje ideal perfecto, la filosofía debe ser sustituida por la lógica de la ciencia. Es decir, por el análisis lógico de los conceptos y enunciaciones de las ciencias que, fundamentalmente, consiste en *la sintaxis formal* de su lenguaje.”⁹²

Consideraron al aspecto lingüístico como el modelo ejemplar, al que los otros conocimientos debían aproximarse, y supusieron que las matemáticas puras, o un tipo semejante de razonamiento, podrían dar conocimiento del mundo real, por lo que se puso énfasis en que ya no sólo la lógica, sino también las matemáticas, funcionarían como buen parámetro para resolver los problemas filosóficos tradicionales.

Pretendían buscar la objetividad basándose en la precisión de las ciencias exactas, aquellas que sólo admiten principios, consecuencias y hechos demostrables por medio de sistemas matemáticos aplicados en experimentación, cuantificación repetible o deducciones calculables.

Las cuestiones de hecho sólo pueden ser decididas por los métodos empíricos de la ciencia, mientras que las cuestiones que pueden ser decididas sin recurrir a la experiencia son matemáticas o lingüísticas.⁹³

A pesar de que ya se ha sostenido en los capítulos precedentes que el lenguaje no puede ser considerado espejo de la naturaleza, el que “la estructura de la palabra corresponda a la estructura del propio objeto”, como leímos en el pasaje inmediato anterior, abre la puerta de nuevo a la mera imitación, al <ser como>, y con ello, abre también la posibilidad de insertar la reflexión acerca de la distancia óptica entre la imitación y su modelo. Ambos deben poseer igual capacidad lógica, pues “cuanto más inequívoca es la designación a través de una cosa que es un signo, el signo será tanto más puro, se agotará tanto más en su consideración como tal.”⁹⁴

⁹² Muñiz, *Op. Cit. Cuestiones semánticas*, p. 55.

⁹³ Bertrand Russell, *Positivismo lógico* (Logical Positivism). Actas del Primer Congreso Nacional de Filosofía (Mendoza 1949), Universidad Nacional de Cuyo, Buenos Aires, 1950, pp. 1205-1232. Sesiones: IV. Lógica y Gnoseología.

⁹⁴ Gadamer, *Op. Cit.*, p. 496.

Tenemos de nueva cuenta que tanto Russell como Wittgenstein quieren hacer corresponder la verdad de las proposiciones básicas con la realidad. Con el lenguaje ideal lógico perfecto pretenden crear una perfecta isomorfía entre hechos atómicos y enunciados gramaticales. Es en los enunciados donde quedaría reflejado y expresado el ámbito ontológico de la realidad. Por ello, Russell llamó a su teoría *gramática filosófica* y a la nueva visión del mundo, *atomismo lógico*.

En esta, Russell dividió a los enunciados (o proposiciones como él las denominaba) en atómicos y moleculares. Los enunciados atómicos son los enunciados inanalizables, e. i., aquellos cuyos componentes y sus relaciones son tan simples, que es imposible descomponerlos. Y serán verdaderos, asegura, porque se apegan a la realidad de las cosas individuales. El edificio de su propuesta se construye así: mientras que las proposiciones básicas se apegan a los fenómenos individuales, las proposiciones complejas se apegarían a la corrección de las proposiciones básicas.

El método para obtener la forma lógica de un enunciado sería el de descomponerlo en sus genuinos elementos y luego sustituir esto por variables. El resultado es un esquema enunciativo expresado en lenguaje lógico.

Una oración es “verificable” cuando o es a) básica epistemológicamente, o b) tiene ciertas relaciones sintácticas con una o más proposiciones básicas epistemológicas. Una oración es “significante” cuando resulta de la oración verificable S sustituyendo una o más palabras de S por otras palabras del mismo tipo lógico.⁹⁵

Cuando se tengan oraciones complejas de las que se dude su verdad o falsedad, siempre se podrá, sugieren, regresar a la palabra sola y así comprobar su relación con el mundo. Para evitar fallos en las oraciones complejas, se deberá, según esta propuesta, regresar para analizar las bases de la proposición, e. i., las palabras simples.

“Es probable, en principio, que la introducción de las proposiciones elementales sea fundamental para la comprensión de todos los demás tipos de proposiciones. La comprensión de las proposiciones generales depende palpablemente, en efecto, de la de las proposiciones elementales.” [*Tractatus*, 4.411] “De modo que la verdad o falsedad

⁹⁵ Russell, *Op. Cit.*, *Investigación*, p. 345.

de las primeras sería una función de verdad o falsedad de estas últimas, como ocurre en cualquier cálculo lógico.”⁹⁶

Para Wittgenstein, un lenguaje bien construido debe poder reducirse a combinaciones lógicas de las proposiciones elementales y “el lenguaje será la totalidad de las proposiciones” [*Tractatus*, 4.001], siendo “las proposiciones elementales [...] los argumentos veritativos de la proposición. [*Tractatus*, 5.01] Con base en esto, un lenguaje mal construido va a dar lugar a una afirmación de la cual no se va a poder decir que sea verdadera o falsa.

Lo que aquí objeto es que la realidad no tiene por qué quedar fijada por la proposición, es la proposición la que tiene que adecuarse a la realidad. Una proposición no puede ser la descripción de las *propiedades internas* de un estado de cosas porque eso es el concepto y sentencias del estilo “esto es blanco” no son conceptos. Nada nos dice la proposición sugerida acerca de lo que <blanco> es, ni siquiera algo que implique la esencia de lo referido. Parece, mejor dicho, una descripción.

Si todas las proposiciones son del tipo “está lloviendo” y “la casa es azul”, ¿dónde queda espacio para las interrogaciones, exclamaciones e imperativos? ¿Es que acaso este lenguaje lógico perfecto sólo nos sirve para subrayar lo evidente? El que esté lloviendo se constata con la realidad, no hay porqué recalcarlo diciéndolo, el lenguaje está hecho para avanzar hacia un lugar diferente, para transmitir información útil y hacer con ello otras cosas⁹⁷, no es una herramienta neutral que duplica lo real.

El problema que resalta a la vista es el de saber identificar un lenguaje “bien construido” de uno que no lo esté, cuestión que permanece cuando haya que designar algo para lo que aún no ha sido asignada una palabra. ¿Qué nos daría la garantía de que las nuevas palabras que otorguemos a las nuevas creaciones estarán igualmente bien construidas?, ¿habremos acaso de recurrir a las primeras proposiciones? El problema con los intentos de dar una respuesta

⁹⁶ Muñiz, *Op. Cit., Problemas ontológicos*, p. 116.

⁹⁷ Austin, John, *Cómo hacer cosas con palabras: palabras y acciones*, Tr. Genaro R. Carrió y Eduardo A. Rabossi, Ed. Paidós, Barcelona, 2016.

satisfactoria a estas preguntas está en la idea básica en la que se sustenta esta concepción especular del análisis del lenguaje: la asunción de una realidad compuesta de elementos singulares. Russell, señala Beuchot, sostiene que el mundo está constituido por estados de cosas que incluyen hechos y que a su vez, éstos se encuentran conformados por cosas u objetos. Los objetos individuales son los componentes últimos del mundo, y se ordenan conforme a estructuras. Luego, para Russell, “la estructura paradigmática es la *proposición atómica*, y encuentra deseable que lo que en ella tenga valor representativo sea el nombre individual. El nombre es el signo por excelencia porque el objeto individual, que representa, es el elemento por excelencia de la realidad.”⁹⁸

Como resultaba imperioso admitir que la realidad tiene existencia objetiva y era necesario conocerla de la manera correcta, nuestros filósofos en cuestión reintrodujeron la teoría de la correspondencia de la naturaleza con el lenguaje. Este amalgamamiento se tenía que hacer esta vez con la ayuda de un lenguaje perfecto y tal perfección la encontrarían en plano intelectual nada menos que en la lógica. Para ello consideraron, como explica Muñiz, que “Los elementos de la figura están [...] en lugar de las cosas u objetos [...] la figura representa la realidad. O mejor, la forma de ésta: una posibilidad de existencia o no existencia del hecho atómico.”⁹⁹

El conflicto con que los objetos de la realidad se reflejen en los términos de la oración radica en que la realidad habría de corresponder a una determinada estructura de términos que tuvieran la capacidad de reflejar directamente los fenómenos del mundo. Y ¿es que el lenguaje puede <reflejarlos> *directamente*? Dicen Galkina y Fedoruk que “Según Wittgenstein, la oración es una representación del hecho, del objeto, y la relación entre aquella y el hecho se representa como la del hecho con su imagen”¹⁰⁰. En lo personal difiero respecto de que una oración tenga la misma capacidad de una imagen. Mientras que en la oración no podemos saber su significado antes de que se nos explique su sentido, con una imagen esa imposibilidad, considero, no sería tal. En las propias palabras de Wittgenstein:

⁹⁸ Beuchot, *Op. Cit.*, p. 312. Cursivas LS.

⁹⁹ Muñiz, *Op. Cit.*, *Problemas ontológicos*, p. 127.

¹⁰⁰ Galkina y Fedoruk, *Op. Cit.*, pp. 360-361.

La proposición es una figura de la realidad: Pues conozco el estado de cosas representado por ella si comprendo la proposición. Y comprendo la proposición sin que me haya sido explicado su sentido. [*Tractatus* 4.021]

La proposición *muestra* su sentido. La proposición *muestra* cómo se comportan las cosas si es verdadera. Y *dice que* se comportan así. [*Tractatus* 4.022]

Pero resulta que no podemos saber si una proposición es verdadera mediante sí misma, necesitamos algo más para determinar si el sentido que se supone está mostrando la proposición es verdadero o no. Por eso, si aceptamos el que las proposiciones sean figuras de la realidad, aceptaríamos también que no hay posibilidad de decir algo con falsedad, ni de decir algo que no tenga correspondencia en la naturaleza y todo lo que se dijera con estas características, sería un sinsentido.

Pero ¿es que todo nuestro lenguaje está libre de <sinsentidos>?, ¿qué pasaría si decimos algo que no tuviera correspondencia con la realidad? ¿No se entendería en absoluto lo que se dijese? ¿Dónde quedaría entonces la verdad de las proposiciones? ¿Qué haríamos con la parafernalia del lenguaje lógico perfecto? Si las palabras se apegaran tal cual a la realidad, no podríamos mencionar cosas tales como “cuadrado redondo”, pues no se corresponden con lo existente y sin embargo las decimos. Al aceptar que hay palabras que podemos decir y no se corresponden, debemos necesariamente aceptar que todo el edificio del lenguaje se vuelve falible, aun cuando esté éste compuesto en una estructura proposicional.

Para validar que hay un sinsentido en el lenguaje, tendríamos que tener una combinación de letras del tipo “ambrodzh” cuya correspondencia no se diera según las leyes gramaticales del idioma y para la cual aún no haya respaldo por parte de la colectividad donde pudiera usarse.

Si bien no interesa únicamente que las palabras no sean sinsentidos, esto es, que estén gramaticalmente aptas para aceptarse como palabras (que estén articuladas en la forma que se espera, con la conjunción de letras y vocales en un orden adecuado), es importante que éstas comuniquen algo. Al encontrar sentencias del tipo “ $2 * 2 =$ vela de estearina”, nos

percatarnos de que podemos usar estructuras proposicionales y no por ello referirán necesariamente a la realidad. De la misma manera, existen palabras sin tal estructura que sí refieren, porque pueden ser comprendidas y al final, comunican. Tal es el caso de la palabra ‘abracadabra’, que de ningún modo es un sinsentido.

For instance –this is Husserl’s own example, which Derrida quotes– the form “abracadabra” has no relation to an object because it does not have the form “S is P”; therefore, for Husserl, it has no sense. But, as Derrida stresses, this “abracadabra” still functions. [...] “Abracadabra,” as we said, functions; on fact, it has a sense in a non-epistemic context; it has a magical sense: “abracadabra” is an incantation in the conjuring up of ghosts.¹⁰¹

Esta palabra, cuya forma ciertamente no es la de una proposición, no tiene un referente fáctico y no por ello, carece de contenido ni de sentido. Sigue funcionando y comunica ciertas cosas en un contexto mágico.

Luego de haber dado razones suficientes para no considerar viable el argumento de los sinsentidos, revisemos la argumentación del atomismo lógico para saber si es factible de adoptarse o bien, de rebatirse.

3.3 Atomismo lógico

El planteamiento de la relación entre lenguaje, pensamiento y realidad se plantea en el atomismo lógico, cuya finalidad principal es considerar la forma lógica del lenguaje para poder entender cómo puede haber una referencia exitosa a la a la realidad, un propósito que señala Muñoz: “Cuando la configuración lógica concuerda con la estructura de un hecho atómico existente, es verdadera. Cuando no concuerda, es falsa.”¹⁰² Tal concordancia es hecha posible por la suposición de que hay una estructura mínima básica de la realidad que corresponde a las estructuras mínimas básicas de significación del lenguaje, ese elemento básico es el hecho atómico. El hecho atómico es el punto de anclaje que asegura que si se

¹⁰¹ Leonard Lawlor, *Derrida and Husserl: The Basic Problem of Phenomenology*, Indiana University Press, USA, 2002, pp. 215-216.

¹⁰² Muñoz, *Op. Cit.*, *Problemas ontológicos*, p. 128.

designan con sumo cuidado y esmero las palabras, tendrán la misma estructura que los hechos, pues se estarían haciendo explícitas las condiciones lógicas que rigen la verdad de las proposiciones. Así, al hacer todo el lenguaje concordar, será menos factible incurrir en errores o falsedades.

Si partimos de estas proposiciones elementales, deberíamos llegar a resultados correctos dado que “la proposición más sencilla, la proposición elemental, afirma el darse efectivo de un estado de cosas” [*Tractatus*, 4.21]. El conflicto se suscitaría si la proposición primaria fuera errónea, entonces ¿qué estaría ésta afirmando respecto al estado de cosas?

Resultaba imperioso que las primeras fueran correctas, porque de estar la elemental “mal puesta”, sin lugar a dudas todas las demás proposiciones estarían equivocadas y todo el edificio del atomismo lógico se vendría abajo. Como lo ilustra el *Cratilo*:

Sóc. - ¡Pero mi buen amigo Crátilo! Esto no es ningún argumento, pues sí, equivocado en el inicio el que pone los nombres, ya iba forzando los demás hacia éste y los obligaba a concordar con él mismo, nada tiene de extraño. Igual sucede, a veces, con las figuras geométricas: si la primera es errónea por pequeña y borrosa, todas las demás que le siguen son acordes entre sí. [436 d]

Y cabría aquí con sumo derecho cuestionar ¿cuáles fueron los *primeros* nombres que permitieron conocer o descubrir las cosas en un principio, siendo que dichos nombres primarios aún no estaban designados?, ¿de qué otros enunciados más elementales pudieron haberse derivado? A pesar de aún no haber nombres, hubo conocimiento, por lo que parece que dichos enunciados atómicos fueron tomados de la realidad misma. La cuestión es, ¿por qué no podemos verificar los enunciados más complejos (ya no sólo los atómicos) basándonos en los hechos del mundo?

Sóc. - ¿Entonces también afirmas que el que puso los primarios los puso con conocimiento? Crát. - Con conocimiento. Sóc. - ¿Entonces con qué nombres conoció o descubrió las cosas, si los primarios aún no estaban puestos y, de otro lado, sostenemos que es imposible conocer o descubrir las cosas si no es conociendo los nombres o descubriendo qué cosa significan? Crát. - Creo, Sócrates, que objetas algo grave. Sóc. - Por consiguiente, ¿en qué sentido diremos que impusieron los nombres con conocimiento, o que son legisladores, antes de que estuviera puesto nombre alguno y

ellos lo conocieran, dado que no hay otra forma de conocer las cosas que a partir de los nombres? [438 b]

Si pudimos conocer los enunciados atómicos haciéndolos coincidir con hechos atómicos, ¿por qué despegarnos de los hechos atómicos al pretender formular enunciados más complejos?, ¿es que acaso sólo podemos explicar las palabras por las palabras? No me refiero a que se tenga que evitar hacer tal explicación de las palabras con palabras, sino si se la puede hacer fundada en algo que no sean las palabras mismas. Si alguien dijera que sólo podemos explicar las palabras por las palabras, parecería no darse cuenta de que las palabras que realmente nos resultan valiosas lo son precisamente porque nos conducen a la realidad.¹⁰³

La superación del ámbito de las palabras por la dialéctica no querrá decir por supuesto que exista realmente un conocimiento libre de palabras, sino únicamente que lo que abre el acceso a la verdad no es la *palabra* sino a la inversa: que la <adecuación> de la palabra sólo podría juzgarse desde el conocimiento de las cosas.¹⁰⁴

Por ello, hemos de admitir del lenguaje que es un medio importante para *informarnos* acerca de qué van las cosas, pero hay que ser precavidos y rechazar la idea de que ese es el método por el cual llegamos a dichas verdades. Hay una línea delgada entre la idea de que <el nombre contiene al concepto, que a su vez provee a la cosa de su significado> y la idea de que <es imposible conocer o descubrir las cosas si no es conociendo los nombres o descubriendo qué cosa significan>, pues mientras que el concepto sí provee el significado de la cosa y se manifiesta como nombre, es falso que no se pueda conocer si no es mediante el lenguaje.

3.4 Versus el atomismo lógico

3.4.1 El nombrar no tiene ninguna razón de necesidad con la cosa

¹⁰³ Sin dejar de lado la posibilidad de crear universos de ficción.

¹⁰⁴ Gadamer, *Op. Cit.*, p. 489.

Hemos visto que según la concepción del lenguaje lógico perfecto, una vez sabiendo la palabra, tendremos inmediatamente acceso a su *ser*; pero esto no ocurre de manera inmediata, pues si quien pronuncia dichas palabras o quien las oye, no las enlaza con determinados conceptos, estas combinaciones de sonidos no constituyen, para él, palabras. Como sugiere Boguslavski: “Si oigo la palabra “río” por primera vez y nadie me explica su significado, sabré tan poco acerca de los rasgos esenciales mentados en dicho concepto, como en el caso de que por primera vez oiga la palabra “Liena.”¹⁰⁵

La palabra, además de no proveer del significado de la cosa, puede cambiar y ello no implicará en modo alguno que la cosa cambie su concepto ni su esencia y viceversa: podrá cambiarse el concepto porque se descubrió una esencia diferente y mantenerse la palabra. Tal es el caso de Plutón, que Clyde Tombaugh descubrió en 1930.

Había un cuerpo celeste en la 9ª posición respecto a nuestro Sistema Solar y se fijó entonces para aquel cuerpo el nombre “Plutón”. ¿Se sigue de esto que sea parte del significado del nombre el que Plutón tenga que ser el noveno con respecto a los otros planetas? Evidentemente no: mediante investigaciones posteriores, casi 2,500 científicos participantes en la reunión de la Unión Astronómica Internacional concordaron con la conclusión de Gonzalo Tancredi de que Plutón no es un planeta, ya que posee características distintas a los otros 8 planetas del Sistema Solar. En semejante situación diríamos que el cuerpo denominado <Plutón>, no es el noveno planeta, mas no diríamos que el cuerpo no se *debe* llamar <Plutón>, ni que tal nombre “está mal puesto”. La razón de esto es que “Plutón” designa rígidamente un determinado cuerpo celeste; un cuerpo diferente –o incluso ningún cuerpo– podría haber estado en esa posición, por lo que el nombre no tiene relación alguna con lo que la cosa es.

Lo que cambia, al profundizar el conocimiento de las cosas, es el concepto, mientras que la palabra, mero rótulo, puede mantenerse tal cual, pues no contiene en sí esencialidad alguna. Por eso, aun cuando se descubrió que la referencia que los astrónomos consideraban el 9º planeta no lo era, se mantuvo la palabra ya establecida para designar al cuerpo con la posición celeste manifiesta. Lo que las cosas sean no se “estipula”, sino que se “descubre”,

¹⁰⁵ Boguslavski, *Op. Cit*, p.231.

mientras que los nombres y las palabras no se “descubren”, sino que se “estipulan”. Las palabras no son inteligibles independientemente de una comunidad que les haya otorgado un significado; es necesario tener una abstracción previa de la cosa concreta (cosa que es independiente de la conciencia subjetiva y que por ello se <descubre>) y a esta abstracción, se le brinda una palabra, con la que se referirá posteriormente a dicha cosa concreta, a fin de facilitar la comunicación; dado que la palabra es *brindada* en el común acuerdo de determinado grupo de hablantes, digo aquí que se <estipula>.

3.4.2 El nombrar no tiene una relación de necesidad bidireccional con el conocer

Así como la palabra no es la cosa, tampoco el nombrar es conocer; resulta inocente suponer que al escuchar por primera vez una palabra sabremos sin mediación alguna a qué se refiere. Pero no por eso hemos de dejar de nombrar. Partimos de que la cosa en sí, sí se conoce, pero no mediante la corrección del lenguaje, sino mediante la práctica y es en un segundo momento en que se “amalgaman” cosa y palabra. Una vez establecido lo que una palabra va a designar, se esparce el acuerdo entre los hablantes y ésta adquiere tal fuerza que a partir de ese momento, y siempre que se conozca su significado, funcionará como estimulante para que venga a la mente de los oyentes el recuerdo de las cosas, fenómenos, situaciones o ideas concretas. Debido a la eminente jerarquía ontológica de las cosas sobre los conceptos y luego, sobre las palabras, hay un desfase temporal entre conocer y nombrar, siendo siempre primordial conocer la cosa mediante sí misma, no mediante su designación contingente que es la palabra.

Cuando se logra que las palabras refieran, la unión entre estas y las cosas es tal que si no hiciéramos este minucioso análisis diferenciador, podríamos llegar a considerar natural que al mencionar las palabras se llegue a las cosas sin mediación alguna, lo que podría derivar en apearse únicamente en la corrección de las palabras para conocer con certeza.

Pero no podemos apegarnos únicamente al nombre, ya que este, una vez fijado, permanece intacto, pudiendo ser el caso que haya sido otorgado con base en lo que, hasta ese momento de investigación, era lo esencial y que después, sea imperioso modificarlo.

Ya se dijo en el segundo capítulo de esta tesis que los conceptos captan la esencia de las cosas, mas puede ser el caso de que se indague más a fondo y se descubran otras esencias, incluso unas distintas a las que el investigador creía como originales. Cando se descubra que hay otras características esenciales en la cosa, la misma palabra seguirá funcionando para referir, siendo necesario que los nuevos descubrimientos se enumeren en el concepto, de acuerdo al menester de profundizar en cada disciplina. Cuando esto ocurra, se ampliará el concepto e incluso podrá cambiar el significado, pero como ya vimos, se mantendrá la palabra.

Como es sabido, antes, cuando aún no se había revolucionado la física, el concepto de materia aparecía vinculado a la indivisibilidad del átomo, a la constancia de la masa, a la inmutabilidad de los elementos químicos, etc. Pero se ha demostrado que el átomo es divisible y mutable, se han descubierto los electrones y, más tarde, otras partículas elementales; la masa, por otra parte, ha resultado ser asimismo inconstante y variable, y se ha puesto de manifiesto que los elementos químicos cambian y se transforman los unos en otros. Se han modificado, por consiguiente, la vieja *idea* de materia y los conceptos científicos acerca de esta se han hecho más profundos, más exactos y más concretos.¹⁰⁶

Y aún con estos cambios, se sigue llamando átomo al átomo, aunque ya se haya descubierto que tiene propiedades muy distintas a las que originalmente le dieron el nombre. Por esto, una sola palabra no basta para mostrar lo que de la cosa hay que conocer. Para mostrar toda la riqueza del objeto y de sus diversos aspectos, se requiere mantenernos corroborando y corrigiendo nuestros conceptos con la realidad. No podemos llegar a la esencia de una vez y para siempre. Como bien se apunta a continuación:

La representación puede corresponder a la realidad o no, puede ser fiel o desfigurada, verdadera o falsa. [...] Para descubrir cómo es la representación, si verdadero falsa,

¹⁰⁶Rosental y Straks, *Op. Cit.*, p. 48.

hemos de compararla con la realidad. La representación sola no nos permite descubrir si es verdadera o falsa.¹⁰⁷

Es importante el continuo examen de las cosas mismas, porque las ideas que tenemos acerca de ellas (y por ende la precisión de los conceptos) pueden ir cambiando. El problema de emparejar hecho atómico con enunciado atómico es que una vez puesto el nombre, se queda fijado aun cuando el conocimiento del hecho esté incompleto. Al apegarse en el conocimiento al enunciado atómico se estaría revisando la sola oración y no al hecho en sí, y al ser el enunciado producto de nuestra falibilidad, queda expenso a ser erróneo. Si pretendemos objetividad, no hemos de basarnos en nuestras propias ideas, porque “por mucho que cambien las ideas concretas acerca de la materia, nada puede quebrantar el hecho de que la materia existe y de que está dotada de una realidad objetiva”.¹⁰⁸

3.4.3 Al ampliar el conocimiento de la realidad objetiva es necesario que se modifique el concepto

La palabra no es capaz de transmitir de manera adecuada todo el contenido del concepto, pues éste no se desarrolla a la par que avanza el saber del hombre concerniente a dicho significado.

En otros casos, el desarrollo de los conceptos ha llevado a una modificación esencial de los significados de las correspondientes palabras del idioma. Tal ocurre, por ejemplo, con el concepto de peces. Sabido es que hubo tiempos en que la ciencia denominaba “peces” a las ballenas y a otros animales que viven en el agua sin que, en realidad, lo sean. El significado de la palabra “pez” se ha restringido en el proceso del desarrollo de la ciencia. También ha sufrido cambios del concepto de número mientras que al principio, sólo se llamaba números a los naturales, más tarde, gracias al ulterior desarrollo del concepto de número, se denominaron con dicho vocablo también los números irracionales, los complejos y los transfinitos. En este caso, el significado de la

¹⁰⁷ Galkina - Fedoruk, *Op. Cit.*, pp.360-361.

¹⁰⁸ Rosental y Straks, *Op. Cit.*, p. 19.

palabra “número” se ha ampliado. En las distintas etapas del progreso de la ciencia, el significado de tal o cual vocablo que expresa un concepto puede variar de manera esencial.¹⁰⁹

El captar las esencias es por pasos, no se hace de una vez y para siempre. El proceso del conocimiento es continuo y progresivo y por eso, al establecer una palabra, cabe la posibilidad de tener por esencial propiedades muy distintas a las de las propiedades reales más sobresalientes del objeto; en ese caso se modificaría el concepto y la palabra enriquecería su amplitud, manteniendo intacto el signo que usamos para identificarlo. De esta manera el conocimiento de la cosa no se vería mermado en absoluto por una palabra “erróneamente” aplicada.

Puede que una palabra del dominio común se retrase respecto al significado de un término científico y que dicho término contenga más precisión que el que se usa ordinariamente, cuestión que dependerá de la profundidad con la que cada disciplina estudie tal o cual objeto.

El vínculo existente entre palabra y concepto se complica por el hecho de que el significado de la palabra en la lengua no abarca todo el contenido del concepto, sino únicamente la parte de dicho contenido que es del dominio común. Como el caso del significado “dependiente”, la palabra en la lengua resulta que posee una significación más “reducida” que el concepto.¹¹⁰

La posibilidad de que cambien los conceptos y se mantengan las palabras está dada porque uno y otro son diferentes entre sí. Las palabras no están en la cosa misma ni en su esencia, sino que son otorgadas por los hombres. Este asignar palabras a determinadas cosas y fenómenos es contingente. Una palabra no designa por su propia naturaleza la cosa; la designa porque se le hace designar a la cosa. Entonces la verdad o falsedad de las palabras dependerá del acuerdo previo que se haya ligado al concepto.

¹⁰⁹ Gorski, *Op. Cit.*, p. 81.

¹¹⁰ Boguslavski, *Op. Cit.*, p. 245.

Consiguientemente, según la eterna letanía del paralelismo antitético, las palabras, como objetos indeterminados de conceptos empíricos, son apariciones críticas, fantasmas, no-palabras, y sólo por medio de su empleo y del significado con el que se utilizan se convierten en objetos determinados por el intelecto. Este significado y su determinación nacen, como es sabido por todos, de la conexión de un signo verbal — arbitrario e indiferente a priori, pero necesario a posteriori e imprescindible— con la intuición del objeto mismo, y por este vínculo repetido, el mismo concepto, por medio tanto del signo verbal como de la intuición, es transmitido y queda impreso e incorporado al intelecto.¹¹¹

Esto nos puede llevar a preguntar qué fue antes, si el concepto o la palabra. Si bien el concepto contiene mucha más información respecto a la esencia de la cosa, no es necesario que éste haya sido ‘puesto’ en primer lugar. Palabra y concepto no son simultáneos y no parece haber una razón de necesidad por la que uno sea anterior al otro. De la misma manera como puede descubrirse una cosa, darle una palabra y luego indagar sus propiedades, puede hallarse alguna cosa o fenómeno estudiando (o inventando) sus propiedades y luego otorgarle una palabra.

En otras palabras, partiendo de las cosas en la realidad, no necesariamente se establece antes el concepto que la palabra. Primero (que el concepto) puede ser otorgada la palabra y luego se estudiarán las propiedades de la cosa, aunque puede ser al revés como es el caso del descubrimiento de nuevas especies o elementos químicos.

Como era fundamental apearse a lo real concreto, y quizá a sabiendas de lo ‘volátil’ del lenguaje, Russell decidió basarse en un método que fuera más exacto que el del lenguaje y los conceptos, apegándose a algo más duradero, donde no fuera la convención impedimento para afianzar la verdad. Tratando de acercar la filosofía a la verdad con la exactitud de la ciencia, el atomismo lógico surgió con una motivación lógico matemática.

Los problemas del atomismo lógico, más que ser la demostración de los errores de una teoría en particular, son ejemplos de las dificultades a las que conduce suponer que el lenguaje es una herramienta neutral cuyo funcionamiento puede entenderse fuera de sus

¹¹¹ Hamann, *Op. Cit.*, p. 42-43.

diversas manifestaciones en la experiencia humana concreta que se desarrolla en una comunidad. Esa omisión puede exponerse al considerar las diferencias entre el tipo de comprensión que demanda una perspectiva “matemática” y otra que atienda a la descripción de nuestros modos de usar el lenguaje. La demostración matemática es pura y estrictamente formal; las ciencias formales son conjuntos sistemáticos de conocimientos racionales y coherentes que trabajan con formas, e. i., con objetos ideales que son creados por el hombre y que por lo tanto existen en su mente con base en la realidad (y son obtenidos mediante la abstracción). Estas ciencias formales prestan más atención a las formas que a los contenidos.

Dichas ciencias validan sus teorías con base en axiomas, proposiciones, definiciones y reglas de inferencia. No niego aquí que estos instrumentos analíticos sean válidos e incluso necesarios para *comprender* la realidad, pero pongo énfasis en que no son imprescindibles para poder conocer. Dado que los axiomas son proposiciones evidentes que se aceptan sin requerir demostración previa, necesitamos ineludiblemente poder contrastar nuestras opiniones con la objetividad de la realidad, y eso se obtiene con otras ciencias no analíticas como las naturales y sociales.

En las ciencias no formales no se obtienen siempre los mismos resultados dado que intervienen factores que introducen variables considerables de las que no se puede tener un único producto, tal como lo es la cultura, donde se tendrá que llegar a conocer con otro método que el matemático.

La lógica formal, según Perelman, se ha desarrollado y progresado gracias al análisis de los medios de demostración, utilizados en las matemáticas, pero las demostraciones matemáticas no agotan toda la multiplicidad de las formas de la demostración. La demostración matemática es pura y estrictamente formal; hay ciencias que no son formales (las naturales y humanitarias) y se demuestran de otra manera. La conclusión general que hace Perelman es la siguiente: “[...] Razonar y demostrar no es calcular tan sólo, y la lógica no puede contentarse con el examen de las demostraciones formales.”¹¹²

¹¹² Kopnin, P. V., *Lógica Dialéctica*, Tr. Lydia Kuper de Velasco, Ed. Grijalbo, México, 1966, p. 75.

Por su parte, dice Wittgenstein que “representar en el lenguaje algo «que contradiga la lógica» es cosa tan escasamente posible como representar en la geometría mediante sus coordenadas una figura que contradiga las leyes del espacio; o dar las coordenadas de un punto que no existe.” [Tractatus, 3.032] Pero resulta que la representación en el lenguaje es creada por los hombres, mientras que las coordenadas de la geometría están *dadas* en la naturaleza y los hombres únicamente las *descubren*, por lo que no podemos comparar como si fuesen equidistantes dos fenómenos tan disímiles.

Debido a ello, desconozco que la verdad de las cosas esté puesta en el habla, lo que significa en último término que ésta estriba en las cosas mismas y no en las diversas palabras que se usan como referencia de las cosas, ni siquiera en el acervo lexicológico completo de una lengua ni en algún lenguaje específico como el matemático.

3.4.4 La exactitud de las matemáticas no es aplicable en el lenguaje

El mantener únicamente a las matemáticas en tan alta estima para arribar a la realidad (social y natural), resulta un problema ya que en los esfuerzos de los gramáticos lógicos, se trata de unir la objetividad que brinda la realidad con la arbitrariedad del lenguaje únicamente desde el ámbito operacional.

“No decimos que <dos más dos son cuatro> es contingente porque la gente podría haber hablado un lenguaje en el que <dos más dos son cuatro> significara que <el siete es un número par>.”¹¹³ No podemos vaciar a los signos de su significado. Separar la palabra del concepto y peor aún, de su contexto, dejando toda la situación a una suerte de números.

Los números tienen una realidad inamovible; independientemente de cómo se refiera a ellos, siempre significan lo mismo (o son aplicables a varios objetos y en diversas situaciones). Los números son conceptos que pueden ser llenados con casi cualquier otra abstracción y siguen ejerciendo su función. Esta gran característica es una de las principales de la que carecen las palabras, pues hay movilidad de los significantes.

¹¹³ Kripke, *Op. Cit.*, p. 79.

Números y palabras se parecen en cuanto a que ambos tienen un signo y son susceptibles de ser comunicados, pero con eso no quiere decir que sean de la misma naturaleza, pues los números están “más vacíos” en cuanto a que, por ejemplo, <cuatro> podrá ser aplicable a cuatro objetos de *algo* cualquiera, pero <perro> siempre será “un mamífero carnívoro doméstico de la familia de los cánidos”.¹¹⁴

Los números son abstracciones a las que le adjuntamos palabras. Existen cosas y nosotros las numeramos; acto seguido, nombramos el conjunto de esas cosas. Hay objetos, reconocemos en la realidad que son distintos uno de otro pero semejantes entre sí. Llegamos a la conclusión de que ese objeto se llama, e.g., *pez*. Luego hay 5 objetos de esos y decimos que ese concepto se llama “cinco”. No hay un *cinco* flotando en el aire, sino que hay 5 objetos específicos, 5 peces. Los números son abstracciones que igualmente nos permiten comunicar, de ahí

“la afirmación de que lo que expresan los numerales no existe independientemente en la realidad y se da sólo como abstracción del concepto de número, realizada por el hombre, [y] puede sacarse la conclusión de que "cinco" es únicamente un concepto humano, cierto fenómeno de la conciencia y que, excepto en esta, cinco no existe ninguna parte”¹¹⁵ más que en 5 objetos concretos.

A esa abstracción que son los números, también le añadimos grafías y fonemas arbitrarios que nada dicen por sí sin el acuerdo entre hablantes. La representación del concepto numeral 5 puede ser “five”, “pump”, “pet”, “amahlanu”, etc., en inglés, galés, bosnio y xhosa respectivamente. Ello no implica que lo que es <5> cambie su esencia última. Las que sí cambian, son las palabras “five”, “pump”, “pet”, etc., razón por la cual no podemos asirnos a ellas para denominar al “5” ni para desentrañar la naturaleza del concepto <5¹¹⁶>.

Además de que el lenguaje y la matemática no tienen la misma estructura, resulta insuficiente apearse con exclusividad a las herramientas formales para conocer, ya que las

¹¹⁴ Teniendo en consideración que pudiese usar la misma palabra *perro* para referir otras cuestiones en el ámbito pragmático del discurso.

¹¹⁵ Boguslavski, *Op. Cit*, p. 236.

¹¹⁶ Me refiero a la abstracción, que no puedo plasmar más que representándola con su *signo* <5>.

ciencias formales trabajan con abstracciones. Pero si nuestro objetivo es conocer el mundo, ¿qué tan viable es que nos basemos en la pura forma y no en los contenidos? “¿Qué sentido tienen las palabras y las proposiciones y que lo determina? No hay que disociar el pensamiento del mundo material, las formas del pensamiento de su contenido.”¹¹⁷

Diderot decía que la estabilidad de los conceptos depende de sus relaciones con los objetos exteriores, relaciones que se establecen merced a la experiencia y al raciocinio, el cual se basa, a su vez, en la observación y en la experiencia. Si el concepto no se hallara en relación con los objetos exteriores, si no reflejara los fenómenos reales, sería como el hilo en el aire, traído y llevado por el más leve soplo.¹¹⁸

Siguiendo lo anterior, vemos que es evidentemente necesario basarnos en ciencias que atiendan al contenido y no únicamente a la forma; esta es la principal razón por la que se hace apremiante tener un punto de partida estable que afiance toda concepción dada y por venir, pues “buscamos el conocimiento que se impone frente a la vaciedad de las argumentaciones formales”¹¹⁹ y para ello, es imperativo que para conocer la realidad, se parta de ésta, no de supuestos inamovibles dados en los axiomas, susceptibles de los más atroces equívocos y absurdas confusiones, por ser un método inadecuado para estudiar ‘materias’ que son de otra naturaleza.

La ciencia no formal busca ser conocimiento de la realidad natural, y, aunque pueda valerse de medios arbitrarios o completamente artificiales, debe conservar su fundamento en lo natural y es aquí donde me parece que se debería enlistar a la filosofía. De esta manera, tendría la exigencia de que sus clasificaciones correspondieran a propiedades reales.

En este sentido, el nominalismo no tiene evidencias suficientes para legitimar su reducción de todas las clasificaciones y leyes científicas a meras ficciones o símbolos convenientes; en cambio, los que sostienen una correspondencia entre los universales y las cosas o entre las leyes y los hechos reales dan una mayor garantía a la ciencia.¹²⁰

¹¹⁷ Kopnin, *Op. Cit.*, p. 76.

¹¹⁸ Rosental y Straks, *Op. Cit.*, p. 19.

¹¹⁹ Gadamer, *Op. Cit.*, p. 420.

¹²⁰ Beuchot, *Op. Cit.*, p. 468.

Es por eso que no podemos apegarnos a las palabras para conocer las cosas del mundo. En su lugar, habremos de ir a las cosas mismas y he aquí la insuficiencia resultante del análisis o la pretensión de crear un lenguaje lógico perfecto.

Sóc. - ¿Entonces por qué otro procedimiento esperas todavía poder conocerlos [a los seres]? ¿Acaso por otro distinto del que es razonable y justísimo, a saber, unos seres por medio de otros, si es que tienen algún parentesco, o ellos por sí mismos? Pues, sin duda, un procedimiento ajeno y distinto de ellos pondría de manifiesto algo distinto y ajeno pero no a ellos. Crat. -Me parece que dices verdad. [439a]

3.5 Comunidad

Hacia el final de la presente disertación me permito aseverar que el lenguaje surgió por la necesidad del hombre de organizar las actividades laborales que se debían realizar en comunidad para poder sobrevivir. Para poder ponerse de acuerdo en el trabajo por hacer, debieron de intercambiar pensamientos entre sí, hecho por el cual crearon el lenguaje, donde se podía fijar la actividad cognoscitiva propia para poder luego dársela a conocer al prójimo.

Con esto, asevero que el lenguaje es el medio primordial para dar a conocer y transmitir los pensamientos así como las experiencias adquiridas respecto al mundo circundante, hecho que identifico como condición necesaria para la propia existencia de la vida social.

En resumen, el lenguaje es un instrumento que surgió a la par del proceso de formación de la sociedad humana, gracias al cual los individuos se comunican entre sí, intercambian sus pensamientos y se comprenden mutuamente. Funciona relacionado las palabras con el pensamiento de forma casi inmediata, posibilitando con ello la relación, expresión e intercambio de pensamientos.

Planteo aquí el lenguaje como una relación entre el pensamiento y la realidad; siempre enmarcado dentro de un proceso social, el lenguaje es la relación específica entre personas que se comunican entre sí. Para que exista comunicación, los signos empleados deben entenderse en el plano psicológico de los participantes de determinada congregación para

lograr que *signifiquen*. Dichos signos serán los adecuados, ya que nacieron y son utilizados por determinados procesos similares tanto de formación como de acción. Esto es posible porque el signo verbal está conectado en dicho nivel, pues el significado y la comprensión coinciden en su origen en cuanto son resultado o producto de la *praxis* social que sirve para la transformación de la realidad.

El lenguaje fónico, por tanto, aparece como una consecuencia de la necesidad de comunicación de los hombres en el proceso de su trabajo común, pues es el lenguaje el medio donde el hombre influye activamente sobre el mundo exterior y se relaciona con sus semejantes. El pensamiento es el reflejo generalizado de la realidad y a éste, lo envolvemos de palabras, donde subyacen los conceptos que pretenden contener la esencia de lo real, con la finalidad de allanar el conocimiento y hacerlo fácilmente transferible.

Cuando alguien ya descubrió algo, sería impráctico regresar a la fuente primaria del conocimiento y llevar a otro para que descubriese por sí mismo lo que recién fue descubierto por el primero. Es por eso que inventamos conceptos que traten de captar, mediante una definición, la cosa conocida.¹²¹ Luego, se le aneja una palabra específica que sólo ‘significará’ *eso* a lo que nos referimos en un contexto dado. Por medio de las palabras se forman permanentemente en el cerebro humano nuevas conexiones sumamente complejas en las que se basa el pensamiento abstracto y universal, capaz de captar el fenómeno superficial y la esencia interna de los objetos del mundo exterior hasta determinado momento de su investigación.

Cuando el hombre notó la necesidad de transmitir el conocimiento, pasó de meramente señalar las cosas a usar ciertos códigos que se refiriesen a ellas. La practicidad de la referencia ideacional buscaba designar las cosas, hacerlas traer a la mente de los interlocutores aun cuando éstas no estuviesen presentes. El problema que se suscitó después con los filósofos semánticos como Russell y Wittgenstein, fue que se tuvo a la palabra tal como si fuera el hecho y no se tomó en cuenta que tal palabra puede referirse también a la idea (susceptible de ser errónea) de quien arribó por primera vez al objeto conocido.

¹²¹ Tomemos este ejemplo como una metáfora acerca de cómo ha conocido la humanidad, no de un hombre a otro precisamente.

El que hubiera cierto paralelismo entre hecho atómico y enunciado atómico, condujo a que se dejara de lado que el concepto y la palabra son puestas por un agente que pretende conocer, mas que no tenía ni tiene la verdad acabada de los hechos. Gadamer apunta que “el lenguaje es el medio en el que se realiza el acuerdo de los interlocutores y el consenso sobre la cosa”¹²², por lo que el lenguaje está supeditado a la falibilidad del agente epistémico. Es, sostengo, el medio por el cual se transmite el conocimiento adquirido por otros métodos y no es éste el método por el que se llega a conocer. Por ende, no podemos permitirnos apegarnos únicamente a las palabras para corroborar la corrección de una u otra, sino que habrá que ir a los hechos mismos.

3.5.1 Convención

Suponer que –siguiendo a quienes pretendían hacer de cosa y palabra una relación de espejo– en las palabras hallaremos lo que la naturaleza de la cosas entraña, parecía otorgarle a éstas rasgos de innatismo. Pero luego de la argumentación hasta aquí planteada podemos darnos cuenta de que las palabras no conllevan innatismo alguno, sino que en ellas yace lo que los hombres han querido que éstas signifiquen.

Las palabras no designan nada por sí, su significado se debe a lo que se ha puesto en ellas como acuerdo. Éstas tienen la capacidad de referirse a algo no porque en su constitución interna haya *algo* que las haga señalar lo que señalan, sino que se ha unido el referente factual a una idea (abstraída del referente) y esto se representa mediante una grafía y fonema, que aquí hemos llamado palabra.

El que podamos llegar mediante una palabra a la cosa que designa no se debe a la perfección del lenguaje ni a que la palabra *refleje* bien la realidad, sino a que ya hemos dado cuenta del concepto y/o de la cosa misma a la que con tal palabra, nuestros antecesores hicieron designar.

Hermógenes. - Pues bien, Sócrates, yo, pese a haber dialogado a menudo con éste y con muchos otros, no soy capaz de creerme que la exactitud de un nombre sea otra

¹²² Gadamer, *Op. Cit.*, p. 462.

cosa que pacto y consenso. Creo yo, en efecto, que cualquiera que sea el nombre que se le pone a alguien, éste es el nombre exacto. Y que si, de nuevo, se le cambia por otro y ya no se llama aquél –como solemos cambiárselo a los esclavos–, no es menos exacto éste que le sustituye que el primero. Y es que no tiene cada uno su nombre por naturaleza alguna, sino por convención y hábito de quienes suelen poner nombres. [384 d]

Lo dicho implica necesariamente que las palabras no poseen ningún tipo de innatismo, sino que les son otorgadas a ciertos objetos, con la única intención de facilitar la referencialidad, ya que “la existencia del signo es sólo su adherencia a algo distinto”¹²³, e.i., lo real.

Al reconocer que la palabra es una convención, nos obligamos también a aceptar que una combinación de sonidos se convierte en palabras tan sólo si se haya relacionada con un reflejo determinado de los fenómenos de la realidad en la mente del hombre. El concepto que resguarda la palabra es cierta abstracción en la conciencia, del objeto o del fenómeno de que se trata.

Es así como podemos llegar a concebir de qué manera las palabras, por naturaleza tan bien adaptadas a aquel fin, (–la comunicación–) vinieron a ser empleadas por los hombres para que sirvan de signos de sus ideas; no, sin embargo, porque hubiera una natural conexión entre los sonidos particulares articulados y ciertas ideas, pues en ese caso no habría, sino un lenguaje entre los hombres, sino por una voluntaria imposición, por lo cual un nombre dado se convierte arbitrariamente en señal de una idea determinada. Resulta, pues, que el uso de las palabras consiste en que sean las señales sensibles de las ideas.¹²⁴

3.5.2 *Arbitrariedad*

Al ser las palabras señales sensibles de las ideas, hubo pensadores que llegaron a tomar dichas palabras como si fueran señales objetivas, mas he de decir que dado que los nombres son producto de la convención humana, su sentido les es otorgado mediante el acuerdo al que han llegado los individuos de determinada comunidad epistémica y por lo tanto, no hay

¹²³ Gadamer, *Op. Cit.*, p. 496.

¹²⁴ Locke, *Op. Cit.*, p. 394.

otra correlación natural alguna entre una palabra “bien designada”, la idea y la cosa de la que es nombre más que la que se haya acordado que es.

Sóc.- [...] ¿O te satisface más esta otra fórmula que sostienen Hermógenes y muchos otros: que los nombres son objeto de convención y que manifiestan las cosas a quienes los han pactado y los conocen; que esto es la exactitud del nombre, convención, y que nada importa si se acuerda establecerlos como ahora están o, por el contrario, llamar <grande> a lo que ahora se llama <pequeño>? [433 e]

Herm. - Así es, Sócrates. Sóc. - Y si una vez más se permite introducir y suprimir lo que uno quiera en los nombres, será muy fácil adaptar cualquier nombre a cualquier cosa. [414 d]

A estas alturas sería prudente admitir que las palabras refieren a cierta parcela de la realidad y que a su vez, son siempre neutras. Pero el que sean neutras no impide que la mente fije su atención en la realidad que éstas designan y connotan. Sugiero, por tanto, que la relación entre realidad y lenguaje es de carácter arbitrario en el sentido de que entre sus términos no se da vínculo natural alguno. La palabra y lo significado llegan a formar una unidad que sólo la abstracción y un análisis minucioso permiten considerar por separado.

Es probable que se haya llegado a considerar –erróneamente– equiparable cosa y palabra porque como apunta Muñiz: “La palabra, para el hombre, resulta ser así un excitante condicional real, como todos los objetos de la realidad percibidos mediante los sentidos, y de igual manera que ellos, se refleja en la conciencia en forma de imagen sonora y/o visual.”¹²⁵

A pesar de que las palabras traigan a la mente de los interlocutores los referentes factuales, resulta importante subrayar la diferencia que hay entre palabras y cosas, para evitar que luego se comparen hasta el punto de sostener que puede haber en el lenguaje una relación de espejo. El lenguaje sirve de referencia únicamente una vez conocidas las cosas. Luego de tener contacto previo con los hechos concretos, se unen las palabras en la mente de los individuos, hecho que les permite incorporarse a cierta cosmovisión y así, comunicar.

¹²⁵ Muñiz, *Op. Cit., Problemas ontológicos*, p. 198.

Para que al hablar los individuos pudieran comprender sus pensamientos, resultaba de extraordinaria importancia puntualizar el significado y el sentido de las palabras utilizadas en los raciocinios. Dado que la palabra es un instrumento fundamental para transmitir y adquirir conocimientos, era de suma importancia establecer un trato diferenciador de las cosas para que así, a través del idioma, pudieran organizar su interacción con el mundo. Para ello, tuvieron que quedar de acuerdo en la manera en cómo se iba a llamar cada cosa y otorgar signos lingüísticos distintos para objetos de la realidad distintos.

Las condiciones necesarias para que el oyente comprendiera las palabras pronunciadas y el hablante las empleara conscientemente eran, a mi parecer, 1) saber distinguir los objetos de que se tratase y 2) saber aplicar un determinado complejo fónico admitido por las personas que hablen el idioma en cuestión. De esta manera el trato con la realidad resultó más práctico y fue instaurándose el desvelamiento de la cosa a la que se hace referencia, pudiendo profundizar en la transmisión de los saberes.

Ya hemos dicho que no parece existir razón de necesidad alguna por la que las cosas se llamen como se llaman. Las palabras no están dadas en la cosa misma ni en su esencia, sino que son dadas en el común acuerdo de los hombres que conforman una colectividad. El que éstas no estén dadas de antemano, hace que dependan únicamente de lo que los hombres quieren que sean, pero una vez que la convención fija el sentido de las palabras éstas adquieren una necesidad que rige implícitamente a los hablantes de una lengua. El que dichas palabras sean constructos arbitrarios, permite que exista una multiplicidad de signos y esto, a su vez, que haya multiplicidad de idiomas.

Sóc. -¿Acaso el nombre que cada uno atribuye a un objeto es el nombre de cada objeto? Herm. - Sí. Sóc. - ¿Entonces también cuantos se atribuyan a cada objeto, todos ellos serán sus nombres y en el momento en que se les atribuye? Herm. - Yo desde luego, Sócrates, no conozco para el nombre otra exactitud que ésta: el que yo pueda dar a cada cosa un nombre, el que yo haya dispuesto, y que tú puedas darle otro, el que, a tu vez, dispongas. De esta forma veo que también en cada una de las ciudades hay nombres distintos para los mismos objetos: tanto para unos griegos a diferencia de otros, como para los griegos a diferencia de los bárbaros. [385 d]

Teniendo todos los hombres igualdad de autoridad para imponer sus propios nombres, ¿dónde hay cabida ahora para la concepción de los filósofos que pretendían encontrar un “nombre bien puesto”? ¿Cuáles serían los nombres más adecuados que se apegasen a la realidad de las cosas? ¿En qué idioma estarían los enunciados atómicos a los que habría que adjuntar las ideas de los hechos atómicos? ¿Estaríamos acaso justificando que un lenguaje posee valía superior sobre cualquier otro? Pienso que no, y difiero de la idea de Gadamer acerca de que “el lenguaje gana tal cercanía con la razón, esto es, con las cosas que designa, que se vuelve un verdadero enigma el cómo puede haber diversas lenguas, si todas ellas tienen que valer como igualmente cercanas a la razón y a las cosas”¹²⁶, porque considero que no hay enigma alguno: las palabras son contingentes y no se apegan a las cosas más allá de lo que los hombres les permiten, por lo que no hay algo como un lenguaje superior que conceda más validez epistemológica que otros.

Sóc. - ¿Pensarás, entonces, que tanto el legislador de aquí como el de los bárbaros, mientras apliquen la forma del nombre que conviene a cada uno en cualquier tipo de sílabas ..., pensarás que el legislador de aquí no es peor que el de cualquier otro sitio?
Herm. - Desde luego. [390 a]

3.5.3 *Contingencia*

Si la arbitrariedad fuera imperante sería peligrosamente sencillo el caer en argumentos de este tipo:

Sóc. -¿Cómo, pues? Si yo nombro a cualquier ser..., por ejemplo, si a lo que actualmente llamamos <hombre> lo denomino <caballo> y a lo que ahora llamamos <caballo>, lo denomino <hombre>, ¿su nombre será hombre en general y caballo en particular, e inversamente, hombre en particular y caballo en general? ¿Es esto lo que quieres decir?

Herm. - Pienso que sí. [385 a]

¹²⁶ Gadamer, *Op. Cit.*, p. 482.

El detalle con la idea de que el lenguaje sea completamente arbitrario es que este quedaría flotando en el aire, susceptible de ser cambiado por cualquiera. Esto no opera así, pues el lenguaje es una serie de símbolos que se manejan de acuerdo con ciertas convenciones previas y que se organizan según los fines propuestos por cierta sociedad.

Quedamos de acuerdo en que no hay necesidad alguna en que las cosas se llamen como se llaman. De aquí puede surgir un problema, pues la idea de que el lenguaje es totalmente arbitrario puede volverse tal, que pronto unos cuantos estén contra argumentando sirviéndose de nuevos nombres que reemplacen a los ya establecidos, diciendo que el nuevo nombre no parece menos propio que el primero.

El meollo radica en que si bien parece lógico que las palabras son otorgadas arbitrariamente por el hombre, no puede ser de la misma manera arbitrario el cambio de éstas, pues bastaría con que uno dijera que tal cosa se va a llamar de otra manera para que todos empezaran a llamarla así. Lo cierto es que ese abrupto cambio no tiene consistencia tal que perdure a través del tiempo y se expanda entre la población. Se requiere un trabajo continuo de muchas personas a través de muchas generaciones para que se instituya una nueva palabra en la lengua.

Parece absurdo aseverar que porque alguien empiece a llamar “caballo” a un hombre y “hombre” a un caballo, éstos cambiarán sus nombres respectivamente. Para que un cambio tan radical tuviera impacto, tendría que apelarse a un proceso fundamental: el histórico-social.

Una vez establecidas las palabras, son generalizadas y plasmadas en el ideario histórico de donde surgieron. Al estar inmersas en el desenvolvimiento cotidiano de la comunidad, adquieren una realidad establecida, más firme que cualquier otro conjunto de signos al que aún no se le ha anejado una imagen mental o una significación.

La circunstancia de que en una palabra dada se unan precisamente unos conceptos dados viene determinada –aparte de la ligazón existente entre el contenido y la

extensión de dichos conceptos— por el sistema conceptual de vínculos inherente a la lengua en cuestión, por la cualidad y las leyes de su sistema semántico.¹²⁷

En este sentido las palabras se vuelven señales objetivas concretas. El límite del convencionalismo será entonces que no se puede alterar arbitrariamente lo que significan las palabras. Por ello, como sugiere Butler, establecemos aquí “el acento en la obligatoriedad de repetir unas normas que son anteriores al sujeto, y que éste no puede desechar voluntariamente”¹²⁸

Diremos que tal signo no es arbitrario, sino *contingente*, porque la única fuerza de tensión hacia la realidad es la que el acuerdo social ejerce. Un individuo no puede cambiar una palabra por otra y empezar a usarla en vez de aquella, porque “En general nuestra referencia no sólo depende de lo que nosotros pensamos, sino de otras personas en la comunidad, de la historia de cómo nos llegó el nombre y de cosas por el estilo. Es siguiendo dicha historia como uno llega a la referencia.”¹²⁹ Por esto, el mantener una misma palabra para las mismas cosas según cada idioma, es lo que ha propiciado a una estructura tal como la de lenguaje conformar el ideario cultural.

Debido a ello, aunque vimos que no parece existir razón de necesidad alguna por la que las cosas se llamen como se llaman, esto no implica que se puedan cambiar de repente los nombres de un idioma so pretexto de que quizá en el principio, en el nacimiento de cada lengua todos fueron puestos arbitrariamente.

Así es como el lenguaje empieza a adquirir una realidad independiente y concreta, enmarcado dentro de la colectividad que lo posibilitó y ahora lo hereda. La instauración de nuevas palabras y de nuevos conceptos no radica en la arbitraria voluntad de un individuo ni en su afán de inventar un signo. No pueden los individuos cambiar repentinamente una palabra por otra o acuñar nuevos términos y usarlos sin notificar a los demás hablantes de qué va esa nueva palabra; ese sería un largo proceso en el que se involucre a las demás

¹²⁷ Boguslavski, *Op. Cit.*, p. 223.

¹²⁸ Butler, Judith, *Lenguaje, poder e identidad*, trad. y prólogo de Javier Sáez y Beatriz Preciado, Ed. Síntesis, Madrid, 2004, p.11.

¹²⁹ Kripke, *Op. Cit.*, p. 95.

personas en la comunidad, ya que dado que nuestro horizonte no está individualizado, nuestra referencia no sólo depende de lo que nosotros pensamos.

En todo proceso de interacción social, la conciencia individual echa mano de los signos utilizados por el grupo humano donde se halla inmerso. Estos signos pueden llegar a ser insuficientes, pues es evidente que *hay más mundo que lenguaje*; para ello, se habrán de instaurar nuevas palabras, procurando hacer a las emergentes acordes con las reglas de la gramática propia del idioma dado.

Las nuevas palabras se instauran porque tienen que dar cuenta de algo en la realidad que necesita ser referido y comunicado. Luego de que todos capten el concepto, fenómeno o hecho al que hace referencia la nueva palabra, esta adquiere una constitución tan fuerte que no se puede “arrancar” fácilmente del ideario cultural de quienes la acuñaron, y nadie entenderá <caballo> donde se ha querido decir <hombre> y por ello “la función indicadora o copresentadora (de la palabra) la obtiene no del sujeto que percibe el signo, sino de su propio contenido objetivo.”¹³⁰

La imagen que se tenga en la mente como reflejo de la realidad es subjetiva, pero el signo que se use para nombrarla, si se pretende comunicar, no puede serlo. El signo llega a ser una realidad difícilmente intercambiable de la cual nos servimos para hacer a las palabras significar históricamente con ayuda de la memoria, que según Derrida, “consiste en el poder de recordar los signos de nuestras ideas, o las circunstancias que las han acompañado.”¹³¹

3.6 Los problemas filosóficos no son meras confusiones lingüísticas

Con el tipo de análisis filosófico que representa de manera paradigmática el primer Wittgenstein se concluyó que habría que analizar las proposiciones gramaticales para así, desentrañar el meollo del lenguaje. Con esta concepción se llegó a establecer entre los pensadores del Círculo de Viena que la filosofía es una actividad mediante la cual se

¹³⁰ Gadamer, *Op. Cit.*, p. 497.

¹³¹ Derrida, Jacques, *Firma, acontecimiento, contexto*, disponible en línea en https://www.ddooss.org/articulos/textos/derrida_firma.pdf al 13 de agosto de 2017.

explica el significado de enunciados, idea que, considero, restringió el objeto de estudio de esta disciplina a uno mucho más reducido.

La mayor parte de las interrogantes y proposiciones de los filósofos estriban en nuestra falta de comprensión de nuestra lógica lingüística. [...] Y no es de extrañar que los más profundos problemas no sean problema alguno. [*Tractatus*, 4.003]
Toda filosofía es «crítica lingüística». [*Tractatus*, 4.0031]

Argumentos de este tipo son los que probablemente condujeron los incansables esfuerzos de los filósofos del lenguaje a asegurar que habríamos, en la monumental empresa del conocimiento, atenernos a la corrección del lenguaje. Tal fue el caso de “Ayer [, quien] había tomado de Carnap la tesis de que "la filosofía es una rama de la lógica". Esta tesis era en sí misma un reflejo de la convicción de Carnap de que los filósofos decían las extrañas cosas que decían porque no entendían "la sintaxis lógica del lenguaje."¹³²

Pero, ¿es que los problemas filosóficos se originan [únicamente] por confusiones lingüísticas¹³³? Parece que no. Hay cuestiones que han aquejado históricamente al hombre occidental¹³⁴, y éstas no dependen de un tergiversamiento en el lenguaje, sino que subyacen a las palabras en la preocupación misma de quien pregunta.

Por este motivo considero que resulta perentorio encontrar un método que nos permita entender la realidad, y no agotar nuestros esfuerzos en uno que pretenda que se acople la realidad a nuestro lenguaje, proposiciones o pensamientos.

Con ello no niego que muchos problemas filosóficos se deben al malentendido de ciertos conceptos, pero sería limitador pensar que a *eso* se acotan los problemas humanos. Al presentarse un problema, no basta con que se sepa con certeza lo que quiere decir cada palabra en el lenguaje dado. Hay cuestiones sumamente importantes que aquejan a la humanidad y la filosofía se ha encargado de pensar y dar soluciones posibles. Abandonar todo el edificio del pensamiento a meras correcciones lingüísticas no sería justo para el milenarismo esfuerzo de los pensadores previos a nuestra época.

¹³² Rorty, Richard, *La filosofía y el espejo de la naturaleza*, Ed. Cátedra, España, 1989, p. 56.

¹³³ J. L. Austin, *Cómo hacer cosas con palabras*, Ed. Paidós, España, 1988, p. 17.

¹³⁴ Quien es de quien podemos hablar con más soltura.

Hoy día este tema cobra continuamente nuevos sentidos, pues los hombres seguimos preguntándonos por los problemas que alguna vez la filosofía no se deslindó de resolver –o por lo menos de pensar– acerca de nuestra realidad circundante. Estos problemas resultan ser cuestiones quizá intrínsecas en el proceder y padecer humanos. Reducir todo el sistema filosófico y sus cuestionamientos propios a un “de lo que no se puede hablar es mejor callar” o a declarar que los problemas que estudia son meras confusiones en el lenguaje, no sólo resulta absurdo, sino inútil.

Es inminente que el humano es un animal lingüístico por naturaleza, siendo el lenguaje el método que ha usado para ir alternando cuestionamientos y resoluciones de las que es necesario –y evidentemente posible– hablar, pero de ahí a que en su <ser arrojado en el mundo> esto le baste para dar cuenta de las múltiples posibilidades de replantearse como individuo y colectividad, hay una importante distancia.

“Muchos filósofos y economistas burgueses difunden la peregrina idea de que, cambiando las palabras, modificando los nombres con que se designan los hechos o fenómenos, se puede cambiar el orden social, superar las más hondas contradicciones entre las clases, etc.”¹³⁵

Tanto estas cuestiones como las de la finitud, el alma, el mundo, la muerte, etc., no se apegan a una estructura gramatical específica, del mismo modo que no se resuelven con el simple hecho de aclarar a lo que cada vocablo refiere. Primero existe el problema y después existen (como creaciones humanas) las palabras para referirse a dicho problema ya existente¹³⁶. Por eso,

Los problemas producidos por la noción de que los enunciados verdaderos son representaciones de la realidad y de que son hechos verdaderos por la realidad, no pueden ser identificados con <los problemas de la filosofía>. Como mucho,

¹³⁵ Rosental y Straks, *Op. Cit.*, p. 28.

¹³⁶ El problema existía antes del lenguaje, no viceversa. En este punto cabe la cuestión, que ya apunta a resolverse, si el lenguaje posibilita al hombre el tener esos cuestionamientos o éstas son inquietudes antes del lenguaje, cuyo fines son (o debieran ser) otros, a saber, resolver problemas y no crearse más.

constituyen la mayoría de los problemas discutidos por los libros de texto de filosofía del siglo XIX.¹³⁷

Dichos problemas parecen atañer a la humanidad entera, sin importar el cómo se les mencione. Es en las probables soluciones donde se generan conceptos, enunciados, vocablos y términos diversificados, mismos que varían dependiendo la comunidad donde se generen. Parece entonces que los problemas de la filosofía no son única y meramente por confusiones lingüísticas, sino que con primacía ontológica, dichas cuestiones superan a sus consiguientes intentos epistémicos.

¹³⁷ Dummett, Michael, *Frege: Philosophy of Language*, Harvard University Press, USA, 1973, p. 162.

Conclusión

Uno de los motivos principales de esta investigación versó, como bien se puede advertir en el título, en negar la premisa que asevera que “*Los límites de mi lenguaje* significan los límites de mi mundo”¹³⁸. El meollo de la disertación aquí presentada es que no se puede dejar en aras de la epistemología todo el aparato ontológico constituyente del mundo.

Al plantear la cuestión acerca de si el lenguaje era imitación de las cosas o si era un modo eficaz para conocer, pudimos constatar que ha sido un problema –aunque en ocasiones aparentemente superado– recurrente en la historia de la filosofía, por lo que concluyo que es imperioso siempre tener presente la distinción entre ontología y semántica, pues de perderla de vista, podríamos llegar a afirmar erróneamente ideas como que “el lenguaje no es sólo una de las dotaciones de que esta pertrechado el hombre tal como está en el mundo, sino que en él se basa y se representa el que los hombres simplemente tengan *mundo*”¹³⁹.

La presente investigación permite que la ulterior pueda versar sobre la posibilidad de la traducción, pues se establece que los conceptos son puentes entre idiomas y que aunque usen palabras distintas, se puede acceder a ellos mediante su definición, pues siempre habrá cierta correspondencia con la realidad objetiva.

Asimismo, el haber asentado las bases acerca de que lenguaje y realidad son de distinta naturaleza, posibilita abrir la brecha para cuestionar si lenguaje y pensamiento están indiferenciados o si es que uno depende del otro y de qué manera. Ahora la cuestión principal será indagar... ¿podemos pensar sin lenguaje?

¹³⁸ *Tractatus*, 5.6

¹³⁹ Gadamer, *Op. Cit.*, p. 531.

Bibliografía

- Berkeley, George, *Principios del conocimiento humano*, Ed. Biblioteca de los grandes pensadores, Barcelona, 2002.
- Beuchot, Mauricio, *El problema de los universales*, UNAM, México, 1981.
- Coffa, Alberto, *La tradición semántica: de Kant a Carnap*, UAM-I, México, 2005.
- D. P. Gorski, P. V. Kopnin y otros, *Pensamiento y lenguaje*, Ed. Grijalbo, México, 1961.
- Gadamer, Hans-Geor, *Verdad y Método I*, Ed. Sígueme, Salamanca, 2001.
- Kopnin, P. V., *Lógica Dialéctica*, Tr. Lydia Kuper de Velasco, Ed. Grijalbo, México, 1966.
- Kripke, Saul, *El nombrar y la necesidad*, Tr. Margarita M. Valdes, UNAM, México, 1995.
- Locke, John, *Ensayo sobre el entendimiento humano*, Ed. FCE, México, 1977.
- Muñiz Rodríguez, Vicente, *Introducción a la filosofía del lenguaje. Problemas ontológicos*, Ed. Anthropos, España, 1989.
- Muñiz Rodríguez, Vicente, *Introducción a la filosofía del lenguaje II. Cuestiones semánticas*, Ed. Anthropos, España, 1992.
- Platón, *Diálogos “Crátilo”*, Ed. Gredos, Madrid, 1992.
- Rosental, M.M. y Straks, G. M., *Categorías del materialismo dialéctico*, Tr. directa del ruso por Adolfo Sánchez Vázquez y Wenceslao Roces., Ed. Grijalbo, México, 1960.
- Russell, Bertrand, “Sobre el denotar” disponible en línea en <https://www.textosenlinea.com.ar/academicos/Rusell%20-%20Sobre%20el%20denotar.pdf> al 13 de agosto de 2017.
- ----, “The Impact of Wittgenstein” in *My Philosophical Development*, Ed. Ruskin House, Great Britain, 1959.
- ----, *Ensayos sobre lógica y conocimiento (1901-1950)*, Trad. Javier Muguerza, Ed. Taurus, Madrid, 1966.
- ----, *Investigación sobre el significado de la verdad*, Ed. Losada, Buenos Aires, 2003.

- Saussure, Ferdinand de, *Curso de lingüística general*, tr. Mauro Armiño, Ed. Fontamara, México, 2010.
- Wittgenstein, Ludwig, *Tractatus Logico-Philosophicus*, Tr. e Intr. de Jacobo Muñoz e Isidro Reguera. Ed. Alianza, Madrid, 1991.

Complementaria

- Austin, John, *Cómo hacer cosas con palabras: palabras y acciones*, Tr. Genaro R. Carrió y Eduardo A. Rabossi, Ed. Paidós, Barcelona, 2016.
- Bustos Guadaño, Eduardo de, *Filosofía del lenguaje*, UNED (Universidad Nacional de Educación a Distancia), Madrid, 2013.
- Butler, Judith, *Lenguaje, poder e identidad*, trad. y prólogo de Javier Sáez y Beatriz Preciado, Ed. Síntesis, Madrid, 2004.
- Carreter, F. Lázaro, *Diccionario de términos filológicos*, Ed. Gredos, Madrid, 1974.
- Derrida, Jacques, *Firma, acontecimiento, contexto*, disponible en línea en https://www.ddooss.org/articulos/textos/derrida_firma.pdf al 13 de agosto de 2017.
- Dummett, Michael, *Frege: Philosophy of Language*, Harvard University Press, USA, 1973.
- Engels, Federico, *Dialéctica de la naturaleza*, Ed. Cartago, México, 1983.
- Ferrater Mora, *Diccionario de Filosofía*, Ed. Alianza, Madrid, 1979.
- Hamann, Johann Georg, “La metacrítica sobre el purismo de la razón pura” en *¿Qué es ilustración?*, Ed. Tecnos, Madrid, 1999, p. 36-44.
- Lawlor, Leonard, *Derrida and Husserl: The Basic Problem of Phenomenology*, Indiana University Press, USA, 2002.
- Rorty, Richard, *La filosofía y el espejo de la naturaleza*, Ed. Cátedra, España, 1989.
- Sapir, Edward, *El lenguaje*, Ed. FCE, México, 1954.